



LICENCIA CREATIVE COMMONS  
Reconocimiento-No Comercial-Sin obra derivada 2.0 Spain

Esta licencia permite:

- Copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto.  
Siempre que se cumplan las siguientes condiciones:
  - Ⓒ **Autoría-Atribución:** Deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. El nombre del autor/a y del traductor/a deberá aparecer reflejado en todo caso.
  - Ⓒ **No Comercial:** No puede usarse este trabajo con fines comerciales
  - Ⓒ **Sin obra derivada:** No se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.
- Se deberá establecer claramente los términos de esta licencia para cualquier uso o distribución del texto.  
- Se podrá prescindir de cualquiera de estas condiciones si se obtiene el permiso expreso del autor/a.

*Este libro tiene una licencia Creative Commons Reconocimiento-No Comercial-Sin obra derivada 2.0 Spain. Para ver una copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/es/legalcode.es> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, USA.*

© 2004, de los textos cada uno de los autores  
© 2004, de la edición editorial traficantes de Sueños

**1ª edición:** 1000 ejemplares

Octubre de 2004

**Título:**

Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia.

**Edición y notas:**

Marta Malo

**Traducción y entrevistas:**

Anouk Devillé, Anne Vereecken y Marta Malo

Además de los ya citados, en la realización de este libro han sido imprescindibles la colaboración y el apoyo de Bárbara Biglia, Jordi Bonet, David Gutiérrez Sánchez, Paulina Jiménez, Pere López, Margarita Padilla, Marisa Pérez Colina, Raúl Sánchez Cedillo y Colectivo Situaciones.

**Maquetación y diseño de cubierta:** Traficantes de Sueños.

**Edición:**

Traficantes de Sueños

C\Hortaleza 19, 1º drcha.

28004 Madrid. Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

<http://traficantes.net>

**Impresión:**

Queimada Gráficas.

C\ Salitre, 15 28012, Madrid

tlf: 915305211

**ISBN: 84-933555-5-0**

**Depósito legal: M-42738-2004**

# **nociones comunes**

**experiencias y ensayos entre  
investigación y militancia**

**Revista Derive Approdi, Precarias a la deriva,  
Revista Posse, Colectivo Situaciones,  
Grupo 116, Colectivo Sin Ticket...**

**traficantes de sueños  
útiles**



**TRAYECTORIAS DE  
INVESTIGACIÓN MILITANTE**

## 4. *De preguntas, ilusiones, enjambres y desiertos. Apuntes sobre investigación y militancia desde Precarias a la deriva*

[Madrid]

Este texto es un *zoom* sobre un recorrido concreto de investigación militante (sobre sus herramientas, sus motores, sus aristas) que hasta ahora se llama *Precarias a la deriva*. Un *zoom* que tal vez diga algo sobre investigación, algo sobre militancia y algo sobre el caminar virtuoso de una a otra y vuelta. La mayoría de las cuestiones expuestas están inspiradas en intercambios con otros autores de este libro (en especial con el Colectivo Situaciones y con un compañero de Barcelona), en lo hablado en el taller «Investigación militante, producción de pensamiento y transformación social»<sup>1</sup> y en distintos momentos de discusión, formales e informales, entre las propias mujeres de *Precarias a la deriva*. De hecho, tan empapadas estamos de estos cruces, que ya no estamos seguras de qué hemos robado a quién. En todo caso, de lo que sí estamos seguras es del punto hasta el cual nuestra escritura y nuestro pensamiento se han vivificado gracias a toda esta serie de encuentros.

---

<sup>1</sup> Se trata de un taller celebrado en la casa okupada de mujeres la Escalera Karakola el 29 de marzo de 2004 dentro del marco de una serie itinerante de talleres y encuentros entre el Colectivo Situaciones y realidades autoorganizadas madrileñas. El taller contó con la participación de integrantes de la revista *Contrapoder* y *Precarias a la deriva* y de un compañero de Situaciones, además de otras gentes amigas, conocidas y anónimas a quienes desde aquí damos las gracias.

## Caminar preguntando

Dicen los compañeros del Colectivo Situaciones: «quien busca es porque ya ha encontrado». Nosotras habíamos encontrado una pregunta: *¿Cuál es tu huelga?* Más allá de las interpretaciones del mundo de cada una, esa pregunta organizó nuestra trayectoria común. Esa pregunta dio origen a *Precarias a la deriva*. Ciertamente: no veníamos desnudas. Lecturas y experiencias políticas (obreristas, feministas, *okupas*, anti-racistas...) habían labrado el cuerpo de muchas de nosotras. También toda una serie de insatisfacciones: hacia formas de agregación basadas en la identidad (política o clánica) o en la ideología, hacia una acción política que eludía con consignas tomarse en serio los interrogantes que nuestros cotidianos fragmentados planteaban, hacia formas de intervención pública cuya testimonialidad era cada vez más difícil de esconder, hacia dispositivos de conocimiento desencarnados y circulares y, por ello, absolutamente inofensivos. Sin embargo, no fue a partir de estas insatisfacciones compartidas que echamos a andar. Estas insatisfacciones también estaban en el origen de muchas otras tentativas de investigación militante que, no obstante, no consiguieron ir más allá de los prolegómenos. La diferencia estaba en la fuerza de una pregunta (*¿cuál es tu huelga?*) que, lanzada en el momento preciso (la huelga general del 20 de junio del 2002) a través de un dispositivo concreto (el piquete-encuesta), no sólo compuso a un conjunto heterogéneo de mujeres, sino que las colocó inmediatamente al borde de sí mismas.

Nos explicaremos. Una huelga siempre llama a resituar la identidad del trabajador en el centro. Sin embargo, para las que tenemos la identidad de trabajador trastocada —las cuidadoras, las trabajadoras del sexo, las asistentes sociales, las *free-lance* precarizadas (de la traducción, del diseño, del periodismo, de la investigación), las profesoras, las limpiadoras, las estudiantes trabajadoras-del-Telepizza, las vagabundas y deambulantes por un mercado laboral cada vez más pauperizado— la huelga no deja de ser una intriga. Siempre podemos imitar lo que hacen los Trabajadores con mayúsculas, obviando que desde nuestra posición «atípica» (aunque cada vez más mayoritaria) en la economía-red, cruzar los brazos durante unas horas (aunque sean 24) no significa necesariamente parar el mundo, detener la producción.

Pero también podemos tomarnos en serio la práctica de la huelga y asumirla como desafío. Podemos preguntar «¿cuál es tu huelga?».

En esta pregunta, se condensan tres movimientos. Uno primero de *enunciación*: la enunciación de un problema, al mismo tiempo filosófico y práctico, absolutamente actual — el de las formas de interrupción material de la reproducción del orden a partir de la propia posición en los circuitos de la ciudad-empresa desregulada, precarizada y flexibilizada, el de cómo convertir una condición en fuerza de ataque y potencia de transformación: ¿cómo desestabilizar el orden en el que estoy inscrita y que cada día alimento a partir de un gesto de interrupción, de sustracción? ¿Qué tipo de gesto puede ser ése? ¿Cabe hacerlo colectivo y público? A continuación, un segundo movimiento de *situación*: la pregunta «¿cuál es tu huelga» invita a *partir de sí*, del propio cotidiano, en la encrucijada entre condiciones de vida y forma de vida, entre situación socioeconómica y subjetividad, retomando con ello aquella vieja práctica feminista que se negaba a separar personal y político, macro y micro, teoría y praxis e invitaba a *politizar la existencia*, a hacer del propio día a día un terreno de batalla.<sup>2</sup> Por último, un tercer movimiento de *interpelación*: sí, se trata de *partir de sí*, pero precisamente para *salir de sí* (de un yo encajonado dentro de sus angostas fronteras por la atomización social, instigado a hacer de sí mismo un proyecto por la ideología profesionalista, fracturado por las exigencias de flexibilidad y presencia múltiple); esto es: zarandear las distancias que un espacio social hiperfragmentado, hipersegmentado e hipercompetitivo multiplica por doquier, y probar a preguntar y preguntarse, para ver qué pasa, cómo la interpelación afecta el yo y el tú, si en el intersticio surge algo que resuene en ambos y más allá.

De este modo, nos colocamos en el terreno movedizo de un *nosotras dislocado*. No somos *exteriores* a ese campo social atravesado por la precarización de la existencia al que lanzamos la pregunta: la pregunta nos implica directa y personalmente.

---

<sup>2</sup> Siendo todas mujeres, nuestro partir de sí era necesariamente sexuado: esto es, se tomaba especialmente en serio la *diferencia femenina*, atravesada a su vez por otras diferencias (de raza, sexualidad, clase, edad, estado físico...).

Pero tampoco somos absolutamente *interiores*, en el sentido de que nuestra voz pueda *representar* la voz de todas aquellas a quienes interpelamos. Estamos dentro y fuera, en el quicio, dislocadas ¿hay acaso otra forma *actual* de situarse en un terreno tan marcado por la fragmentación y la dispersión como las ciudades-empresa del centro de la economía-mundo, de emplazarse en un espacio-tiempo tan infinitamente diversificado, donde la agregación no es un dato del que se parte, sino un arduo reto, hay acaso, decíamos, un modo de ubicarse ahí que no esté agujereado por esa tensión de quienes se saben solas y a la vez sacudidas por el deseo de un común todavía por inventar (y por lo tanto, al acecho, tendidas hacia un afuera incierto)?

Es así como nace nuestra trayectoria de investigación militante. Porque *Precarias a la deriva* es nada más (y nada menos) que eso: ni un grupo, ni un espacio, sino una frágil trayectoria que, además, debe hacerse *cada vez*: el siguiente paso no está nunca asegurado más que por una testaruda insistencia *militante*. Pero aquí *militancia* cobra un sentido completamente nuevo. Volveremos más adelante sobre esto. De momento, digamos sólo que, en la medida en que *Precarias a la deriva* no es más que una trayectoria, el único modo de explicar en qué consiste es genealógico. Retomemos, pues, su recorrido. A la pregunta de «cuál es tu huelga», se añaden pronto otras («cuál es tu precariedad», «cuál es tu guerra») y una serie de procedimientos.

Primer procedimiento: la *deriva*. En lugar de sentarnos a hablar de manera estática, elegimos movernos, recorrer los circuitos de la precarización urbana como tantas veces nos toca hacer en nuestro cotidiano, pero esta vez no hacerlo en solitario, sino juntas, contándonos unas a otras la materialidad de nuestras precariedades, rastreando sus marcas en el espacio metropolitano, encontrando e interpelando a otros cualquiera. La deriva, cuando es deriva, cuando permite aferrar la ciudad como territorio común que recorreremos juntas, literalmente caminando y preguntando(se), esto es, cuando funciona (algo que nunca está asegurado por una «técnica», sino que debe pensarse y experimentarse en la praxis), permite romper la distancia entre el yo y el tú, el nosotros y el ellos, el investigador y el investigado, el militante y «la gente», que tan fácilmente aparece en la forma-entrevista y en otras técnicas de la sociología cualitativa o en la forma

comunicativa por excelencia de la militancia clásica: el *agit&prop*. La deriva, cuando es deriva, con sus elementos de movilidad, de paso ininterrumpido a través de ambientes diversos, de trasposición subjetiva, de atravesamiento de toda una serie de cortes (sociales, espaciales, temporales) que ordenan nuestros cotidianos (como el que separa empleo y vida, o un barrio de otro, o la temporalidad conexionista de una trabajadora de la comunicación y la de una doméstica interna y cuidadora transnacional), produce una suerte de extrañamiento que permite un desenganche de las formas de percepción y de intercambio rutinizadas: nos permite así mirar y mirarnos con nuevos ojos, contar y contar-nos con palabras nuevas, que retuercen lo real normalizado del todo-está-fatal y del sálvese-quien-pueda. Es precisamente ahí, en ese espacio-tiempo inaugurado por el procedimiento-deriva, donde, en ocasiones, se da un acontecimiento de percepción colectiva que abre las subjetividades y el campo de lo posible más allá del posibilismo.

Segundo procedimiento: la *grabación* y la *narración*. Desde el principio, acompañamos la deriva con el registro audiovisual de lo hecho, visto y contado y con el relato: la idea no era tanto reflejar una trayectoria con una voluntad *informativa* (os contaremos lo que pasó tal y como pasó), sino trabajar colectivamente sobre la percepción con una voluntad *prope-déutico-comunicativa* —elaborar y reelaborar y poner en circulación (a través de la publicación *web*, de la edición de un libro y un vídeo, de las presentaciones públicas de estos materiales) ese singular «nombrarse», ese «contarse» desde nuestro cotidiano precarizado, nacido de la experiencia particular de la deriva para que, por efectos de resonancia y densificación, se convirtiera en un «nombrarnos» (parcial, *de parte*) capaz de incluir a muchas (y muchos). En este sentido, escribíamos desde el principio que nuestra intención era «tomarnos en serio la cuestión de la comunicación, no sólo como herramienta de difusión, sino también como nuevo lugar, competencia y materia prima de la política».<sup>3</sup> Pero cuando hablamos de comunicación, no aludimos a esa esfera

---

<sup>3</sup> Precarias a la deriva, «Primeros balbuceos del laboratorio de trabajadoras», *A la deriva (por los circuitos de la precariedad femenina)*, Traficantes de sueños, Madrid, 2004, p. 25.



comunicativa desencarnada en la que se mueven circularmente signos y consignas dispuestos a ser consumidos, deglutidos e intercambiados. Nos interesa una comunicación que es enunciación a ras de suelo, desde un lugar particular, inseparable de las formas de vida de las que nace, productora de subjetividad e imaginario; nos interesa una comunicación capaz no tanto de generar adhesiones como de sacudir y de producir resonancias inesperadas en otros que también buscan y se preguntan; nos interesa una comunicación que es composición de diferentes y, por ello, producción de un nuevo real al borde de lo real existente.

Tercer procedimiento: el *taller* y la *asamblea*. Cada tanto, después (y sólo después) de una serie de inmersiones salvajes en los complejos circuitos metropolitanos, a partir de la reelaboración de lo grabado y narrado, era importante reunirse y, con sosiego, probar a ordenar y discriminar, a detectar problemas comunes, a identificar puntos de potencia, a trazar a partir de ellos hipótesis de trabajo. Era en esos espacios donde las percepciones comunes nacidas de las derivas, reelaboradas a través del registro y el relato, daban paso, a veces, a *raros* momentos de *pensamiento colectivo*, de *producción común de verdad*: esto es, pequeños y frágiles acontecimientos colectivos en los que la cosa y el nombre se dan *al mismo tiempo* y se incorporan al cuerpo. ¿Qué quiere decir esto? Que la cosa ya no es una complejidad infinita e inaferrable y que el nombre ya no se queda ni en pura palabrería vana ni en mecanismo de sobredeterminación y captura de la cosa, sino que ambos (nombre y cosa) se dan *a la vez*, adquiriendo así una potente realidad común que *nos* modifica subjetivamente. De este modo, la secuencia deriva-registro/retrato-taller/asamblea puede aparecer como mecanismo artesanal (modesto pero valiosísimo) de reapropiación de las condiciones de producción de verdad.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Robamos esta formulación a Antonio Negri, que en su *Kairòs, Alma Venus, Multitudo* (Manifestolibri, Roma, 2000) escribe: «Todo lo que nombro tiene existencia. Pero se trata de comprender qué existencia tiene. Nos interesa que el nombre llame la cosa a la existencia y que el nombre y la cosa estén aquí. Los problemas del conocimiento nacen porque mi nombrar es caótico y las cosas que llamo a la existencia se disponen de manera confusa. Se me escapa el ser. Por ejemplo, expresando, entre los infinitos posibles, un nombre, mi cerebro da existencia a una

¿Qué verdades, qué certezas en la duda, hemos tallado a lo largo del recorrido de *Precarias a la deriva*? En primer lugar, una *noción común*: la de la precariedad no como carencia, sino como incertidumbre con respecto al acceso sostenido a los recursos materiales e inmateriales fundamentales para el pleno desarrollo de la vida de un sujeto; por lo tanto, precariedad como amenaza y chantaje permanente, que recorre y constriñe el lazo social, pero también como irreductible deseo de movilidad, de fuga, ante condiciones insoportables. Desde este punto de vista, pues, la precariedad hoy no sería tanto un estado que afectaría a un sector de la población, sino una tendencia generalizada a la precarización de la existencia que atañería a la sociedad en su conjunto. En segundo lugar, una *dura constatación de las fronteras*: aquellas erigidas por la individualización y la desregulación extrema de la prestación laboral, por las componentes de servilismo y competitividad que esto introduce y por la constitución de la identidad individual en torno a la autoactivación personal alrededor de proyectos (una empresa migratoria, una carrera profesional, una obra artística, un plan conyugal). Elementos, todos ellos, acompañados y retroalimentados por una fuerte estratificación del mercado laboral (por ejes de sexo, clase, origen social y nacional, etnia, raza, sexualidad, estado físico y edad), una segmentación flexible pero no menos eficaz del espacio metropolitano y una fuerte fragmentación social. En tercer lugar, un *punto de potencia*: el de nuestras habilidades relacionales, comunicativas y de cuidado como armas de subversión de la organización de ese continuo sexo-atención-cuidados, históricamente asignado a las mujeres, que en la actualidad experimenta una serie de reconfiguraciones y crisis a través de las cuales adquiere una nueva centralidad (y aquí no entendemos la crisis de manera exclusivamente negativa, sino, sobre todo, como momento ambivalente de

---

cosa que se llama nombre; sin embargo, no siempre da, al mismo tiempo, existencia a un nombre que llame a la cosa. Y, creando, entre los infinitos posibles, un nombre común, mi cerebro da existencia a una cosa común que se llama nombre común; sin embargo, no siempre da existencia, al mismo tiempo, a un nombre común que llame a la existencia a un algo común de un conjunto de cosas. Entonces, lo que da verdad al nombre y al nombre común, lo que coloca nombre y cosa "aquí mismo", es precisamente ese "al mismo tiempo"», p. 19.

apertura de lo real y, en este caso, ocasión para reinventar a Lisístrata, a Antígona, a Safo).<sup>5</sup>

No obstante, sería un error creer que estos procedimientos son la clave de nuestra trayectoria de investigación militante, que en ellos tenemos los ingredientes de una posible modelización metodológica que transmitir a otros que buscan como nosotras. Por el contrario, la clave está en las operaciones reales que los procedimientos concretos ayudan a generar. De ahí que desde tantas experiencias de investigación militante se insista en que las recetas no sirven: una deriva puede ser algo banal o todo un acontecimiento, una sucesión de derivas puede quedarse en una serie de saltos inconexos que se traducen en estasis o producir un verdadero recorrido virtuoso de cartografía colectiva del territorio. Lo importante no es tanto elegir un instrumento u otro, sino ver qué es lo que ese instrumento produce, qué modificaciones genera, a dónde nos lleva, la trayectoria que en la repetición y declinación de su uso va trazando. De ahí también que sea tan crucial subrayar hasta qué punto, más allá de los procedimientos, *Precarias a la deriva* se articula en torno a una búsqueda (cuatriple) y a un desafío, que funcionan como principios orientadores dentro de un viaje abierto. La búsqueda: de nombres comunes sobre la precarización de la existencia, de singularidades que componen ese nosotros dislocado, de formas de cooperación, resistencia y fuga que practicamos cada una de manera situada, individual o colectiva, y de posibles espacios de agregación que se tomen en serio la cuestión de la multiplicidad. El desafío: abrir un proceso virtuoso donde producción de conocimiento, producción de subjetividad y tejido de territorialidades afectivo-lingüísticas no sean momentos separados, sino parte de una misma secuencia impulsada por un materialísimo deseo de lo común cuando lo común está hecho pedazos.

Por último, ni las preguntas, ni los procedimientos, ni las búsquedas, ni el desafío nos habrían llevado a ningún sitio si no fuera, en primer lugar, por un cierto sentido del *kairós*, por una determinada capacidad para aferrar la ocasión, para

---

<sup>5</sup> Sobre todas estas cuestiones, véase el vídeo y el libro que hemos editado bajo un mismo título: *A la deriva (por los circuitos de la precariedad femenina)*, cit.

lanzar los dados en el umbral del tiempo; y, en segundo lugar, por esa combinación heterogénea de saberes-hacer, de habilidades relacionales y de destrezas para moverse en territorios diversos, desplegados y entretnejidos a lo largo del proceso por el conjunto variable de mujeres que lo ha hecho posible.

## Investigación y organización

A un año y medio de trayectoria, con derivas, talleres y asambleas a nuestras espaldas, con un libro y un vídeo entre manos, con un buen puñado de fotos, diapositivas, piezas audiovisuales y relatos dispersos por ahí, con algunos intentos de acción y otros de presentación pública en el historial, con una red dispersa trabada en torno al proyecto de manera discontinua pero no por ello menos real, nos vimos sacudidas por una preocupación referente a la consistencia y a la organización. ¿Qué capacidad tenía nuestro artesanal caminar preguntando para tejer redes que pudieran resistir a la fuerza centrífuga de la ciudad-empresa, con su torrente de estímulos y sus temporalidades desreguladas? ¿Hasta qué punto nuestra trayectoria de investigación-acción estaba en condiciones de producir modificaciones sustantivas en nuestras vidas precarizadas? ¿Podía esa conjunción reiterada de enunciación, situación e interpelación generar una ruptura subjetiva fuerte en un conjunto grande de nosotras, una ruptura que nos llevara a comprometernos unas con otras, que unilateralizara la ambivalencia que nos constituye?<sup>6</sup> ¿Era

---

<sup>6</sup> Hablamos aquí de ambivalencia en el sentido en el que utiliza la palabra Paolo Virno en «Ambivalencia del desencanto: oportunismo, cinismo y miedo», *Virtuosismo y revolución. La acción política en la era del desencanto*, cit., pp. 45-75. En este magnífico artículo, Virno sostiene que el oportunismo, el cinismo y el miedo son las tonalidades emotivas predominantes en un mundo postfordista caracterizado por una condición de «inestabilidad estable» (o, como se dice en el vídeo *A la deriva (por los circuitos de la precariedad femenina)*, cit., por «la costumbre de lo imprevisto»). Estas tonalidades emotivas serían la declinación reactiva de un núcleo ambivalente, marcado por la necesidad de adaptarse sin cesar a un mundo en permanente cambio. Sin embargo, este núcleo podría (y puede) declinarse de otro modo, unilateralizarse en un sentido de transformación, favorable a la reinención de lo común.

posible que un recorrido de investigación militante resolviera el problema de la formación de puntos de cristalización de las redes rebeldes en un mundo donde coincidir repetidamente en el mismo espacio-tiempo con un grupo de personas estable y numeroso es ya todo un logro? Estas preguntas nos colocaron de lleno en la aridez del desierto postmoderno, en — como dicen los compañeros del Colectivo Situaciones— la realidad ontológica de la dispersión (social, espacio-temporal, subjetiva). Y nos llevaron inmediatamente a otras ¿cómo se produce la *voluntad común* en el mundo de la dispersión? Y ¿cómo medir la efectividad de la articulación entre pensamiento y política cuando los criterios de eficacia y de crecimiento de la vieja política ya no nos sirven? ¿Cómo medirlos sin caer en la autocomplacencia y/o en la resignación?

La respuesta a todos estos interrogantes sólo puede ser inmanente, situada. Desde lo que somos, decimos: creemos que merece la pena hablar y actuar desde la dispersión, no refugiarse en pequeñas identidades salvadoras, en grupúsculos tranquilizadores o en ideologías trasnochadas, sino atreverse a cruzar el desierto con los ojos bien abiertos. Porque, como nos dice Deleuze, «el desierto de arena no sólo implica oasis, que son como puntos fijos, sino también vegetaciones rizomáticas, temporales y móviles en función de lluvias locales, y que determinan cambios de orientación de los trayectos».<sup>7</sup> Pero, sobre todo, porque éste es nuestro hábitat y la condición y desafío de la acción política hoy, y lo que seamos capaces de decir y de hacer desde ahí tendrá resonancias inesperadas.

Por otra parte, sabemos que la dispersión no es necesariamente impotencia, imposibilidad de producción de una voluntad común. Lo hemos experimentado el 13 de marzo de 2004, en Madrid, en Barcelona y en tantas otras ciudades: tras los terribles atentados del 11-M, la indignación por la conjunción de miedo, mentira y muerte convirtió la dispersión en un enjambre determinado y en duelo que interrumpió la circulación de las principales arterias urbanas durante más de diez horas. Lo experimentamos en ciudades del mundo entero cuando, con el anuncio de los primeros bombardeos contra Irak, millones de personas se lanzaron a las

---

<sup>7</sup> Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, Valencia, 1997, p. 386.


calles, en algunos puntos haciendo estallar la normalidad durante tres días consecutivos. Lo hemos experimentado de manera más localizada en toda Europa, con los ciclos de movilización estudiantil, con las luchas de parados e intermitentes, con las irrupciones públicas de los sin papeles a través de encierros y ocupaciones, como corte espacio-temporal de revuelta dentro de un cotidiano subsumido. Quizá la paradoja de nuestro tiempo consista precisamente en que, después de ser enjambre, las abejas vuelven a dispersarse. Es más, podemos probar la dimensión y el calado de la dispersión contemporánea cuando vemos como aquél que ha participado activamente en el enjambre, aquel que ha cortado calles y ha gritado bien alto que «la política es nuestra», luego vuelve a su puesto de trabajo como sujeto normalizado: dispersión significa aquí también discontinuidad radical entre las distintas identidades que cada individuo adopta en las diferentes localizaciones que ocupa. Pero ello no quita fuerza al enjambre, no le resta ni un ápice de realidad. Sólo nos obliga a pensar y actuar desde la dispersión con mayor radicalidad. Y a hacerlo sin ilusiones ni ilusionismos. En este sentido, creer que la investigación militante puede dar una solución (o ser *la* solución) a la dispersión es una pésima ilusión. Sí puede ser una vía *en/desde* la dispersión: para transitarla, analizando sus soportes materiales y subjetivos, interrogando sus intersticios, definiendo hipótesis de experimentación política; para contraefectuarla, detectando puntos de bloqueo y de potencia en las prácticas que la habitan, trabajando sobre ellas, componiéndolas, tejiendo territorialidades afectivo-lingüísticas entre quienes ya no tienen territorios a priori.

Creemos haberlo explicitado, pero quizá sea preciso insistir: la dispersión de la que hablamos, la dispersión que experimentan nuestros cuerpos precarizados en las metrópolis del centro de la economía-mundo, es una dispersión por aceleración e hiperactivación, en un espacio —el espacio de la postmodernidad— donde todo se mueve a gran velocidad y donde, sin embargo, básicamente, no pasa nada: de ahí el desierto. En este contexto, la *decisión* cobra una importancia crucial en quienes se indignan, no se resignan, se rebelan: decisión como determinación del «por aquí» (por aquí caminar, preguntar, actuar, organizarse), deseo que insiste y, en su insistencia, permite producir un corte en la aceleración de la experiencia postmoderna. Decisión no como voluntad

o voluntarismo, sino como tensión subjetiva. Decisión como materia de una nueva política del deseo que se inserta, insistente, en la búsqueda de nuevos mundos. Y aquí diríamos: militante es quien está atravesado por una *decisión* así. E investigación militante es aquel proceso de reapropiación de nuestra capacidad de creación de mundos que, impulsado por una obstinada *decisión* militante a la que no le valen los a-prioris, los deber-ser, los modelos (nuevos ni viejos), interroga, problematiza y empuja lo real a través de una serie de procedimientos concretos.

Con esto, volvemos a aterrizar de lleno en la pregunta sobre los criterios de efectividad en la relación dinámica entre pensamiento y acción política. ¿Qué decir? No cabe duda que éstos no pueden venir dictados por las urgencias e impaciencias de un tipo de subjetividad militante que sueña con la vuelta del común de la masa compacta. El común de la contemporaneidad no puede ser sino aquél atravesado por una tensión permanente con el deseo de singularidad, no puede ser sino un común dicho desde la multiplicidad: el común del enjambre, el común de Seattle, Buenos Aires y Madrid. Contra este tipo de apuros, que someten a una tensión vana a las experiencias de investigación-acción, pero también contra toda deriva diletante y contra toda estasis postmoderna, es preciso construir criterios propios, interiores al proceso, atentos a las operaciones reales de modificación (material y subjetiva), fieles a las búsquedas, preguntas y exigencias que lo organizan, que a su vez deben ser interrogadas y renovadas una y otra vez.

Desde algún lugar de la metrópoli madrileña,  
Mujeres de Precarias a la deriva  
Mayo de 2004



**CONVERSACIONES SOBRE  
INVESTIGACIÓN Y ACCIÓN,  
TEORÍA Y PRÁCTICA**



## **7. Entre la calle, las aulas y otros lugares. Una conversación acerca del saber y la investigación en/para la acción entre Madrid y Barcelona**

*Ya nos conocíamos por voces amigas o a través de algún cruce en reuniones o encuentros; ya habíamos hablado, intercambiado correos electrónicos, sobre cuestiones referidas a la «investigación militante» que se abordan en el libro éste y otras más genéricas o concretas. Por ello, así que el proyecto de libro se acercaba a la realidad de los plazos y de las formas de la edición, desde la coordinación de Madrid le propusimos un texto, y desde Barcelona él se mostró, por uno y otro motivo, remolón a cualquier escritura, y más a título personal. Para salir del paso surgió la idea de una entrevista sin excesivo guión para contar oralmente una trayectoria individual pero compartida. Pero tras haber estado un par de días unas diez horas ante una maquinita de grabar, todavía hemos seguido conversando en vivo —nos hemos vuelto a ver por el tema de marras u otros interpuestos— y en vitro —mediante cruce de correos entre Madrid-Barcelona—, por lo que el texto que viene a continuación no se atiene a la simple transcripción de una charla. Por eso, llegados a este punto final de las premuras de la edición, damos la conversación empezada por inacabada, aunque esperamos, eso sí, que los puentes que se han tendido para confrontar trayectorias y presentes hayan sido eso: puentes para que se hablen experiencias con sus matices, con sus historias y geografías. Andamos, pues, todavía hablando del por aquí o por ahí de la investigación para la acción.*

**PREGUNTA.** Quisiera comenzar esta entrevista por un recorrido por tu experiencia de investigación en/para la acción, sus jalones y momentos clave, situando todo ello en el contexto histórico en el que se desarrolla. En otro lugar, comentabas que tu primer contacto con la investigación-acción como herramienta de la política no es teórico, sino intuitivo, viene empujado por las exigencias de un proceso de autoorganización desde abajo: estamos en la década de 1970...

**RESPUESTA.** Mi aproximación o inmersión en ese terreno indefinido de la investigación-acción –o, si se prefiere, «investigación militante», o «investigación participante», o hasta al más reciente de «investigación activista»– viene precedida de una cierta práctica artesanal vinculada no tanto a unas preocupaciones digamos teóricas que empujan a una experimentalidad, sino a una cotidianidad laboral marcada por la conflictividad. Mi itinerario no ha seguido propiamente la ruta de aprovisionarse primero de conceptos y técnicas en unos espacios para después ponerlos en práctica o a prueba en otros, sino, y al menos en sus inicios, mi recorrido fue más bien distinto.

En aquellos años entré a trabajar en el sector terciario, captado como otra gente joven por unas dinámicas que también apuntaban aquí hacia una terciarización de la economía. Nuestros padres habían pasado por otros trabajos; a nosotros, ya escolarizados y a razón de las dinámicas económicas, nos esperaba el terciario.

La expansión rápida de la banca reclutó y juntó así a bastante gente, muy joven, en buena parte procedente de los barrios populares, lo que alteraría profundamente la composición social del sector. Pronto, aquel trabajo, al que nos vemos obligados, y por más diferente que pareciera o fuera al de nuestros padres, o al de otros sectores, nos muestra un rostro nada idílico, no deja de ser explotación y dominio y, por eso, empezamos a rebotarnos, a rebelarnos. Nos desmarcamos así de la ética del trabajo que nos han inculcado y, para tirar palante, carecemos de referentes, pues los que nos llegan no nos sirven. A nuestro aire, vamos aprendiendo y ejerciendo el «ir haciendo sin pedir ni permiso ni perdón», en la decisión de «tomar la palabra», con la pretensión de «nunca delegar en nadie». Para aquel nosotros, la mejor

manera de tomar la palabra consistía en que nadie te la prestase o impusiese, mirando, por el contrario, de ponerla nosotros a nuestra manera, sin intermediarios. En aquel ambiente, de insubordinación cotidiana, nos valemos, por ejemplo, de modalidades *sui generis* de encuesta para elaborar plataformas reivindicativas o destapar inquietudes, editábamos boletines... a todo ello llegamos de manera intuitiva, y dotados de unos instrumentales muy domésticos, nada «serios». Más tarde, algunos ya daríamos con papeles o gente que hablan de la «encuesta obrera», «equipos de bases» y cosas por el estilo, pero viendo aquellas propuestas observamos que se parecen algo a lo que hacíamos nosotros, aunque no le hubiéramos puesto esos nombres a nuestras prácticas más rudimentarias, en las que tanteábamos nuestros saberes prácticos.

Aquellas «encuestas» surgen o fluyen, pues, dentro de un entramado de prácticas, por lo que el «hacer encuesta» no era en sí mismo un objetivo. Durante aquel ciclo de luchas, los momentos fuertes de confrontación abierta se daban, normalmente, pero no exclusivamente, en torno a los convenios colectivos; éstos, por lo general, eran anuales, pero a veces también se lograba forzar revisiones sin la etiqueta de automáticas —es decir, aquellas que se realizaban sin negociación y, por tanto, no iban acompañadas de la entonces constante presión de las huelgas. Otros momentos derivaban de las represiones en la faena, fuera por sanciones, despidos, o de solidaridad con otras empresas en lucha... Para los convenios, el calentamiento de motores consistía en la elaboración de la plataforma reivindicativa; aunque el proceso concreto, ciertamente, dependía en su despliegue de las empresas o sectores. En nuestro caso, y durante algunos años, en los meses previos al convenio, nos poníamos a discutir la plataforma, la cual no consistía sólo en llegar a una simple lista de «puntos» que había que pedirles a ellos, a los de la patronal, sino que aquella dinámica también servía para recoger las quejas, mostrar nuestras carencias, nuestros deseos, de saber qué es lo que queríamos y no... Quizás, de esta manera, hacíamos nosotros, sin que nos la hicieran, lo que igual se podría denominar «encuesta». El proceso, que era largo, no se consideraba una guinda accesoria, al contrario, para algunos era primordial ser capaces de hablar, de discutir, de proponer entre todos. Pretendíamos romper con la verticalidad de las plataformas que llovían desde arriba,

ajenas a la gente, y nos proponíamos impulsar dinámicas assemblearias, horizontales, «desde, por y para la base» que se decía. Por eso, en nuestro caso, el proceso arrancaba y se basaba en los departamentos o secciones, lugares donde la gente, conociéndose, podía participar más e incluso plantear más cosas que el tanto por ciento de incremento que se solicitaba; se discutía así, y de modo descentralizado, hasta qué se preguntaba (y curiosamente, manejábamos una encuesta semiabierta, pues además del palito a tal respuesta a escoger, siempre se dejaban los espacios para otras respuestas), a continuación, los resultados se ponían en común, primero a través de reuniones y después en asambleas; tras estos pasos, cada departamento enviaba a sus delegados —simples portavoces y revocables, o rotativos— con su plataforma para que el consejo de delegados las refundiera y, con aquel material, vuelta abajo, a los departamentos, para que se siguiera la discusión hasta la aprobación de lo que fuera en una asamblea general. Desde luego, que ese proceso iba como iba, dependiendo de los departamentos, y de los años. Más allá de la empresa, y aunque la lógica era la misma, la plataforma salía como salía, pues el convenio se negociaba a nivel estatal; aunque, eso sí, había momentos, ya en la lucha, en los que llegaban a coincidir tres plataformas: la estatal, la local de Barcelona, y hasta la de empresa, con distintas «representatividades» y modalidades de «presión» en danza. En todo caso, en todo convenio había una doble lucha: la lucha directa por el convenio que iba a afectar a todos los del sector y la lucha por aquellos aspectos más directos vinculados a la propia empresa que se colaban en la movilización, por lo que las huelgas no siempre tenían calendarios, ritmos y agendas uniformes; el silbato, entonces, no funcionaba del todo.

**PREGUNTA.** ¿Y quién era ese «nosotros» que promovía la encuesta?

**RESPUESTA.** En la empresa, ámbito al que me estoy circunscribiendo, se movía gente, poca, de distintas corrientes. Y era ese personal el que dinamizaba el proceso de discusión de la plataforma, si bien cada cual tenía su *modus operandi* y sus objetivos. Había una comisión obrera, más o menos controlada por los sectores que hoy se llamarían críticos, y

vinculados, de alguna forma, a las siglas de la izquierda radical (maos y troskistas varios); en ella también había gente, claro está, de por libre o de las tendencias mayoritarias en los aparatos de aquellas CCOO (en la línea del PCE o PSUC). Sin embargo, a raíz del convenio de 1973, y ya entrado 1974 si no recuerdo mal, un grupo de gente de la que iba «por libre», y nada empapada de lecturas y células, se separa por disconformidad con aquella comisión y se montan una CAT, una Comisión Autónoma de Trabajadores. Y eso que no teníamos ni idea de lo que era la autonomía obrera en su versión teorizada, pues de ésta, como tal, apenas conocíamos nada al respecto.

En la CAT coincidía gente de distintos departamentos, su ámbito era la empresa. Pero también se montaron grupos por departamentos, con gente de la CAT y no, como el FreLiCUCO («Frente de Liberación de Cuentas Corrientes») precisamente en un departamento al que le llamábamos la mina, porque en él trabajaba bastante gente apelotonada (unos 80 o 90) y en unas condiciones no demasiado apetecibles, muy alejadas de la «idílica» situación del bancario que corría; experiencias similares se dieron en otros departamentos, aunque se pusieran o no nombres con tanto cachondeo encima. Aquello sirvió para que salieran reuniones de veintitantos, tanto para la discusión de la plataforma como por otras cuestiones más directas o próximas (como no firmar los informes de conducta que nos hacían, echar a tal jefe, boicotear las horas extras, o las comidas de empresa, imponer ritmos de huelga a la japonesa...), pero también valía para montar partidos de fútbol, costelladas (carne a la brasa), excursiones de fin de semana... No nos gustaba demasiado el trabajo, nos inscribíamos en lo que se teorizaría como rechazo del trabajo, y recreábamos a la mínima que podíamos socialidad dentro y fuera de los tiempos de trabajo.

**PREGUNTA.** Me gustaría que me comentaras qué otras experiencias había que estuvieran intentando construir pensamiento desde abajo, que probaran usos no académicos y comprometidos de procedimientos cognitivos... ¿Me podrías dibujar un mapa en este sentido del Estado español?

**RESPUESTA.** Hay una parte de la pregunta o del enunciado que me cuesta entender, o responder. Así, cuestiones como «pensamiento desde abajo», o «usos no académicos y comprometidos de procedimientos cognitivos» me parece que en aquel entonces ni podría, ni igual me interesaría responder. Mis inquietudes, o las nuestras —pues prefiero referirme al entorno en el que me movía y del que era un reflejo—, iban entonces por otros derroteros, no topaban ni se enzarzaban con esas cuestiones a las que te refieres, creo. Sin embargo, eso que planteas me parece que tiene que ver con la importancia o hegemonía que ha ido adquiriendo «lo académico», aunque sea desde su reverso calcado de lo no-académico, al menos en ciertos postulados apegados a las críticas prácticas.

Ahora, y recordando aquellos años, podría decir que, en todo caso, las prácticas de «investigación-acción» que desplegamos eran propias y estaban determinadas por unos *conocimientos situados*, se correspondían a unas inscripciones o anclajes concretos y hasta diría que nos manejábamos en ámbitos «localistas», alejados o desconectados de ese mapa de experiencias que señalas. De todas maneras, a través de la CAT, por ejemplo, algunos empezamos a encontrarnos y coordinarnos con otros colectivos similares que había en banca, y desde aquella coordinadora de grupos e individuos, con constantes altibajos en número y dinámica —más fuerte en momentos de lucha, y testimonial en otros—, también se podía coincidir esporádicamente con otras gentes inmersas en otros colectivos *por-* y no *de-* la autonomía obrera. El nexo, el encuentro, sin embargo, partía desde el lugar de implicación y no desde el grupo de adscripción o afinidad de corte «ideológico»; lo que no quita, desde luego, que esto segundo también sucediera...

Fuera como fuera, al contactar con gente, los debates y preocupaciones van más allá de lo concerniente a la empresa, las lecturas y escrituras ya son otras; en fin, aquel *conocimiento situado* inicial ya se sitúa en otra escala y con otras perspectivas. Así, me llegan o busco y «leo, discuto y difundo» las aportaciones de *Lucha y teoría*, una revista que no es que tuviera una difusión masiva pero sí que fue importante por sus contribuciones analíticas entre los ámbitos próximos a lo que se reconocía como colectivos formalizados o no *por* la autonomía obrera; también de aquel tiempo, pero más

informativa —o contrainformativa, que se diría ahora— destacaría, y a nivel estatal, *Asamblea Obrera*, e igual me dejo alguna. Más tarde, en 1977, y ya por los kioscos, llegaría *Teoría y práctica*, una revista que se nutría de las contribuciones de lo que ellos denominaban «equipos de base», y que consistían en que personas directamente vinculadas a la revista contactaban con gente o colectivos en lucha para dar cuenta y analizar conjuntamente los desenlaces, en sus variados aspectos, de las mismas. La modalidad, o la técnica, radicaba en mantener una conversación más o menos orientada; todavía no se hablaba, me parece, ni de entrevistas en profundidad, ni de grupos de discusión.

Además de *Teoría y Práctica*, otras revistas de kiosko como *Emancipación* o *Bicicleta* o hasta *El ecologista* u otras, estarían, quizás, en esa onda de construir o difundir «pensamiento desde abajo», propagar «prácticas de lucha»; también había algunas de librería, como *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, *Negaciones*, o editoriales como *Zero-Zyx*... Todo aquel papel impreso se ponía en circulación por gentes que no se presentaban como órganos de expresión expresos de alguna organización, pero que mostraban abiertamente que no eran ajenas a lo que estaba ocurriendo y que, desde esa implicación, apostaban por suministrar información y/o análisis, con unos perfiles u otros, con mayor o menor profundización, decantados o no hacia unas cuestiones u otras, pero desde toda la variedad que se quiera, todos aquellos materiales pretendían reflejar e incidir en aquel ciclo de luchas, por cierto, ya declinante a finales de la década de 1970.

Estas pinceladas, dispersas y nada hilvanadas, son fruto de mis conocimientos situados en aquel tiempo, aunque matizadas, me imagino, por el ahora desde el que hablo. No obstante, ni me atrevo, ni tampoco puedo, esbozar con un mínimo de rigor ese mapa que sugieres, quizás habría que hacerlo, sería una muestra interesante de investigación-acción.

**PREGUNTA.** El panorama, entonces, era el siguiente: había formas de autoencuesta organizadas de manera más o menos intuitiva y sobre las que no existe ninguna formulación teórica (en otros países sí que la habrá, por ejemplo en Italia en torno a los *Quaderni Rossi*, o en Francia en torno a *Socialisme ou Barbarie*, pero no es el caso del Estado español);

por otro lado, estaban las revistas, que eran más exteriores a las luchas, pero tenían, no obstante, un *feed back* activo con ellas e iban produciendo documentos sobre las mismas a partir del trabajo de «equipos de base». Tampoco en ellas se produce, en un primer momento, una formulación elaborada sobre procedimientos de construcción de teoría desde las prácticas y a la vez de puesta en funcionamiento de la teoría para la práctica.

**RESPUESTA.** A menudo parece que el tópico que incide en que este ruedo ibérico ha sido rico en prácticas críticas y en experiencias revolucionarias, pero pobre en reflexiones o aportaciones teóricas sobre las mismas parece irrefutable. Puede. No obstante, a ratos parece también que hay algo o bastante de distorsión espacio-temporal, lo próximo se aleja o se desconoce y lo lejano se acerca, se hace propio. Eso ha ocurrido a menudo, y más en ciertos ámbitos, tanto antes como ahora.

Respecto a las revistas «militantes» y su interioridad-exterioridad en relación con las luchas, pues esa relacionalidad resulta complicada de abordar. Si se consideran las revistas como otra herramienta de agitación o hasta de investigación militante habría que distinguir que al menos entonces se hacían y se difundían en distintos ámbitos, abarcando distintas escalas. La «revista» más próxima o circunscrita a espacios concretos y delimitados sería el boletín. Los boletines se hacían por gente que estaban en el lugar del que hablaban y, aspecto crucial, compartiendo las situaciones de las que se hablaban; la gente sabía quién lo hacía, quien quisiera podía escribir, aunque obviamente no todo el mundo escribía. Los boletines serían la expresión escrita de unas prácticas, de unas inquietudes, inmersa en esas mismas prácticas. Luego estaban las revistas de otro calado, que abarcaban ya a distintas empresas (y me ciño a los espacios de la producción), por lo que el espacio se dilata y aparecen las interposiciones. Con éstas también se podía alentar o recoger una participación basada en una cierta proximidad entre los emisores y el conjunto de destinatarios, pero la relación de proximidad se resiente aunque sólo sea porque los temas que se cubren, en especial los más cotidianos, se alejan de la inmediatez del lector, son más distantes y los autores, anónimos o no, ya no son tan reconocibles y accesibles. Luego estaban las revistas cuyo ámbito de cobertura salta de



escala: pueden abarcar una metrópoli, entendida como la ciudad más aledaños, puede ser estatal incluso, o con una proyección internacional como las que citas u otras como *Echanges*; todas éstas ya se ven abocadas a «una cierta desterritorialización de lo concreto», pues su campo de irradiación sitúa a quiénes llevan el proceso de escritura en lugares distintos o distanciados de los que hablan, prescindiendo de que en su lugar de ubicación estén implicados o no en procesos y realidades similares. En ellas, por más que se recojan o se cuente con las voces de los protagonistas, creo que se fuerza una re-escritura desplazada de las hablas, escrituras y lecturas de los protagonistas apegados al terreno; pongamos que, para el análisis de un conflicto «situado», los analistas pueden estar inmersos o no en él, pero ya en la lectura, a razón de los circuitos de distribución, los lectores serán otros que los propios protagonistas. La distancia inevitable que se produce por el salto de escala sólo puede amortiguarse, y no derivar en exterioridad, cuando lo común, de situaciones y posiciones, se conforma como el tentetieso de la relación, del intercambio, al igual que en el antídoto que ha de impedir las tentaciones de aterrizajes o sobrevuelos forzosos sobre territorios extraños o ajenos, y evitar las inclinaciones a convertir el «hablar de» en un «hablar por» propio de las prácticas expropiadoras, algunas hasta con la pretensión de «hablar para». Probablemente, distancia y exterioridad no acaban de ser lo mismo, aunque se asemejen, y la una favorezca a la otra; diría que la distancia se torna exterioridad cuando se provoca o se constata la separación entre dos mundos, donde pesan más las diferencias que las similitudes.

Pero aquellas revistas —como *Lucha y Teoría* y *Teoría y práctica*— yo creo que tensaron la cuerda, cada una a su manera se propusieron no transitar de la distancia a la exterioridad, aunque en sus textos tampoco afrontaron explícitamente la cuestión de hacer de la teoría y sus metodologías un campo específico y relevante de reflexión teórica. Igual es que no lo creyeron significativo u oportuno, y preferían dedicarse a sus tareas, entre otras me parece que a la formulación teórica sobre el ciclo de luchas y los procesos de (auto) emancipación, basándose en lo que se podría catalogar como empeño de realizar análisis concretos sobre situaciones reales. De todas maneras, el principio de que a las revistas más teóricas —siempre y cuando no se confunda teoría con ideología—,

no les queda más que mantener una posición de exterioridad respecto a las luchas no me acaba de convencer. Entre otros motivos, porque si de algo sirve esa constatación de las escalas es también para insinuar que es practicable una cierta transescalaridad; por ejemplo, un texto de un boletín «de base» puede ser reproducido en una revista de largo alcance, y viceversa. También no habría que descuidar que el que escribe para revistas donde «se formula teoría», no forzosamente ha de olvidarse de los boletines; de hecho, esta elección no es de obligado cumplimiento tal como ciertas biografías o testimonios han dado a conocer.

**PREGUNTA.** Entrados en la década de 1980, se importan las técnicas de Investigación-Acción e Investigación-Acción para la participación (IAP), pero el contexto ya ha cambiado y la dinámica de luchas está en franco retroceso. En ese lapso de tiempo, tú participas en algunos trabajos de ese estilo. Me gustaría también que hicieses una reflexión sobre ese periodo de tiempo y lo que entonces acontece en relación con las posibilidades de comunión entre teoría y práctica.

**RESPUESTA.** En relación con el declive del ciclo de luchas precedentes, y que se podría catalogar de derrota o cuando menos de retroceso considerable de unas críticas prácticas antagonistas y masivas, el panorama cambia bastante, son momentos de transacciones, de desencantos, de retirada o repliegue, y de «recolocaciones». A tenor de la reestructuración en marcha, soy uno de aquellos que o el trabajo nos dejó o dejamos el trabajo (el trabajo más o menos garantizado, regulado...), e iniciamos un periodo de peregrinaje en el sentido de buscarse y montarse la vida. Tras un tiempo de probaturas, llegarán las colaboraciones en algunas investigaciones..., pues había demanda, era un modo de conseguir dinero y parecía atractivo. La traducción de la transición a escala municipal conllevó la puesta en marcha de los «ayuntamientos democráticos», lo que implica, de hecho, una renovación del personal en la gestión administrativa, en el aparato estatal, y también una apertura a campos que antes no se abordaban, como el de las políticas asistenciales. Con la modernización de la máquina se abre un corto espacio de apertura, de tránsito, de indefinición, etc.; entre otros motivos,

porque la desmovilización de lo social que se auspicia todavía no se ha conseguido del todo y puede pasar factura. Todo eso consiente que proliferen investigaciones subvencionadas, pagadas por la administración, para recoger las inquietudes de lo social, y que sirvan para hacer planes de urbanismo de rostro social y cosas por el estilo; es decir, con el menor coste político.

Así es como llego a colaborar en un par de proyectos vinculados a la investigación social, en concreto, uno sobre el estado de un barrio de barracas del Poble Nou, enclavado en la zona de la posterior villa olímpica y del 22@, y el otro relacionado con el centro histórico y con los Planes de Reforma Interior de algunos sectores. El encargo procede de técnicos, que habían estado de algún modo relacionados con el ciclo de luchas precedente, próximos o directamente vinculados a las asociaciones de vecinos, y que tras la transición habían pasado a ocupar cargos, visibles o invisibles, en la administración, sobre todo, municipal, o a situarse en su órbita desde sus profesiones concretas.

En el caso del barrio de barracas, el encargo del ayuntamiento consistía en levantar acta de aquel espacio y sus habitantes. Topamos con un hábitat morfológicamente degradado, pero que si nos pusiéramos nostálgicos, y comparáramos aquel lugar con las actuales críticas al no-lugar de hoy día, diríamos que aquello era un «lugar» mantenido por una comunidad, con sus déficits y demás..., pero bueno, tampoco se trata, desde luego, de acudir a ese lastre de que «todo pasado fue mejor». Nuestro propósito estriba en proceder mediante una metodología de encuesta inspirada, entre otros, en las aportaciones de *Quaderni del territorio*, que era una revista italiana que llevó la encuesta obrera al territorio; la IAP, si existía como tal, lo desconocía. Hacemos un rastreo sistemático del dato, quiénes viven, cuántos viven, su perfil, metros cuadrados de las viviendas, régimen de tenencia, etc. Al mismo tiempo, utilizamos técnicas cualitativas, que además es lo que nos pide la parte contratante: le preguntamos a la gente cómo vive, cómo quiere vivir... Obviamente, lo hacemos porque es un encargo, pero el encargo para nosotros es doble. Por un lado, el que nos hace el ayuntamiento, el patronato municipal de la vivienda, con un objetivo claro: derribar aquellas «barracas», como ellos las llamaban, pero nosotros, a partir del análisis que hacemos de

campo, vemos que, aunque puedan tener catalogación de barracas, son viviendas con problemas estructurales pero no imposibles de solucionar, y con costes no excesivos. Por otro lado, está el «encargo» que nosotros suscribimos con los vecinos... y eso implica que la investigación la hacemos con ellos, no contra ellos. Así, al terminar la investigación, el informe se lo pasamos antes a ellos y lo comentamos, después llegaría la entrega a la Administración. Además, en las alternativas que se proponen como resultado del trabajo, se plantea como primera que los vecinos no se quieren marchar, que en todo caso se quieren quedar cerca y juntos. En la propuesta al patronato se descartan los derribos, y se sugiere la rehabilitación del barrio para sus habitantes.

Por lo que se refiere al otro trabajo de encargo remunerado es sobre el centro histórico. Cuando se empieza a plantear la rehabilitación ya no como discurso, sino como intervención, me piden que colabore, pues yo había escrito alguna cosa — además de conocer la zona —, en lo que sería el apartado social de operaciones concretas sobre el centro histórico. La parte contratante en este caso tiene sumo interés en conocer qué es lo que pasa en el barrio, qué problemas hay, qué tipo de relaciones se establecen, cómo se puede gobernar aquello que parece ingobernable, si bien dicen que ese conocer a fondo las situaciones reales del barrio responde al objetivo de mejorar la vida de sus habitantes a la vez que asegurar su permanencia. Sin embargo, al poco, se aprecia que aquel encargo y otros tenían otras intenciones, iban en otra dirección: la rehabilitación se pondrá en marcha pero olvidándose de las promesas a los vecinos de frenar o erradicar la degradación social del barrio sin expulsiones, su despliegue es como una tecnología dispuesta para reconquistar unos espacios en el centro que se pretendía revalorizar. Esos usos que acaba dando la parte contratante a la investigación suponen que las dudas que mantenía sobre la aureola de «ingenuidad» que rodea a la utilidad de los trabajos de campo — que incita a que éstos se acepten sin demasiados remilgos y que se encaren incluso con entusiasmo — se confirmen del todo, lo que representa volcarme en un cuestionamiento profundo del por qué y el para qué de toda investigación, además del inevitable con quién.

Sobre qué sucede en otros lares, qué hace otra gente, tampoco sabría qué decirte, ya que mi experiencia en este tipo de trabajos de campo en lo social, por contrato o subvencionado,

se detuvo entonces. En todo caso, recordando lo que se movía y que conociera de la «investigación a contracorriente» resaltaría como fuente inspiradora *Extremadura saqueada*, un «libro de combate», de finales de la década de 1970, que según declaran los propios autores en la presentación se propone cambiar el modo de investigar al uso, y que por ello no sólo representó la implicación de un amplio equipo de base de investigación y trabajo de campo, sino que propugnaba abiertamente querer estar contra la «seriedad», la «formalidad» de «la ciencia» que recubre a los gabinetes de estudios condicionados y pagados por la parte contratante, estatal o privada. Aquel estudio, coordinado por Naredo, Mario Gaviria y Juan Serna, no sólo surgió desde abajo para rechazar la central nuclear de Valdecaballeros (de hecho, la necesidad de aquel trabajo riguroso surgió de actos masivos contra la central y, de paso, contra el expolio de Extremadura) sino que contó con el apoyo de las gentes involucradas en las movilizaciones antinucleares, en las que también participaban los componentes del equipo de investigación. La financiación del libro, y los gastos de investigación —que no contemplaban las retribuciones de los miembros del equipo— también contaron con los apoyos y bonos de la ayuda popular. En la misma onda, destacaría la contribución del EDE (Equipo de Estudios), agrupado alrededor de I. Fernández de Castro, que aporta investigaciones como la titulada «cambios en las relaciones sociales y en las formas de vida de la población trabajadora madrileña durante la crisis». De hecho, EDE —que creo que fue uno de los pilares de la ya desaparecida *Teoría y Práctica*—, a su enfoque en las investigaciones sociales que desarrolla, lo tildará genéricamente de «trabajos de campo», por más que empleen en sus informes los datos de primera mano que extraen de grupos de discusión, entrevistas en profundidad, y encuestas —tanto abiertas, como cerradas. Sí, aquí, en aquellos años, se hacían investigaciones interesantes, estudios serios o rigurosos, que sin excesiva «formulación» «teórico-metodológica» igual podrían considerarse eso que se denomina i+a (investigación-acción), pero todavía sin la p de la IAP.

A través de estos ejemplos, se podría, asimismo, aludir a cambios notorios en el devenir de ciertas investigaciones durante aquellos años, y que creo que dan cuenta precisamente de la impronta del contexto, del que es difícil sustraerse y que siempre ha de tenerse en cuenta. El libro *Extremadura*

*saqueada* —publicado en 1978 pero realizado con anterioridad— parte de abajo y está vinculado a un proceso de lucha; el estudio mencionado de EDE —entregado en 1985— parte de un contrato con dependencias de la Comunidad de Madrid y está ligado al adiós a las luchas obreras del ciclo precedente. Entonces, la pregunta igual sería: ¿se pueden conjugar determinadas investigaciones en/para la acción sin críticas prácticas reales? Y aunque prefiera dejar las respuestas abiertas, anotaría que, como diría la gente de *Echanges*, no se puede elegir, a no ser que se incurra en el voluntarismo, ni el cuándo, ni el dónde, ni el cómo del campo de batalla. Tampoco deja de sorprender que sea en aquel contexto de desmovilización social que la IAP empiece a despegar.

Asimismo, en aquellos años ochenta, en aquellos años largos de invierno, y más allá de lo notorio, de lo que han quedado rastros escritos de accesible consulta bibliográfica, las vías de la investigación militante no desaparecieron del todo. En Barcelona, y que yo sepa, Etcétera, como revista de correspondencia de la guerra social, no cejó como medio «para comunicar experiencias, para transmitir saberes aprendidos y resistencias vividas y habidas»; en la misma onda hubo propósitos de lanzar una, digamos, «encuesta metropolitana» para dar cuenta de los efectos de la reestructuración en la metrópoli, pero con ánimos de entrever posibles recomposiciones sociales entre los terrenos de la producción y la reproducción social, aunque quedó en sus prolegómenos. Estas apuestas, además de otras, inadvertidas o no, acabarán, de algún modo, resonando en la década de 1990. Es decir, en el desierto algo, lo que fuera, hubo. En fin, no toda la «investigación social crítica», la que hubiera, transcurría por universidades o instituciones públicas o privadas, o concertadas, pero eso es otra historia a indagar.

**PREGUNTA.** En esa misma época de tránsito, realizas también la investigación que desembocará en el libro *El centro histórico. Un lugar para el conflicto*. El objetivo, tal y como aparece explicitado en el libro, es doble: por un lado, desentrañar las estrategias del capital para la reapropiación de los barrios de Santa Catalina y el Portal Nou y, por otro, percibir las resistencias a la expulsión y el uso específico del territorio por los residentes. A este respecto, quería que me hablaras, por un lado, de la inserción de la investigación: cuál es el

contexto colectivo y político en el que se desarrolla, cómo se establecen sus objetivos, qué usos prácticos tiene. Por otro lado, leyendo el libro, me llamó la atención la nota metodológica que aparece en la introducción: en ella señalas que, en tu investigación, has descartado la encuesta, porque facilita el control de las poblaciones, y has recurrido exclusivamente, para la parte cuantitativa, a los datos que las propias instituciones públicas tienen recogidos; al mismo tiempo, apuntas que has abandonado la muestra estadística y has buscado la muestra estructural, esto es, la representatividad de las voces y no tanto el porcentaje muestral: la entrevista en profundidad aparece como la técnica privilegiada. Imagino que esta opción metodológica tiene que ver con un intento de escapar a esa doble función de las ciencias sociales de «conocer para controlar»...

**RESPUESTA.** El libro de *El Centro histórico...* no es más que un trabajo de final de carrera (una tesina) y tiene las pretensiones de una persona que en aquel momento intenta acabar una carrera, sin más. Es verdad que, al escoger ese tema para la tesina quería que mi trabajo tuviera un uso o una repercusión social, y aborda las transformaciones de esas parcelas de la ciudad intentando mostrar que tras la rehabilitación como tecnología hay una estrategia del capital para recuperar esos espacios que comporta la expulsión paulatina de sus residentes. También incido en las mutaciones de la composición social y, especialmente, en la desestructuración del vínculo social resultante de la reestructuración en marcha pero también auspiciado por cierta tolerancia, para nada *zero*, hacia los comportamientos desordenados que hacen del barrio un lugar de insostenible convivencia. Pero la investigación está hecha individualmente y con las finalidades de una tesina, aunque, eso sí, había gente que estaba al corriente de lo que estaba haciendo y con la que fui discutiendo durante todo el proceso de elaboración. En cuanto a las técnicas, además de utilizar las estadísticas y los archivos del poder, realicé entrevistas en profundidad; algunas están hechas en bares, lo que propicia que, además del entrevistado, se incorpore otra gente a la conversación.

Sobre el doble objetivo de las ciencias sociales, «conocer para controlar», valdría recordar que la estadística es la ciencia de un Estado que se dota del instrumental necesario para

sondear incesantemente lo social y, donde no llega lo cuantitativo, se procede mediante lo cualitativo, de ahí su veloz ascenso y reconocimiento. En este sentido, J. Ibáñez distinguía entre lo que él llamaba las sociologías sedentarias sedantes, y sus sofisticados aparatos de captura que adormecen a la gente, y las sociologías nómadas itinerantes, que pretendiendo escapar del poder, se proponen como dispositivos de liberación. Sin embargo, todo flujo alternativo corre un riesgo, queriendo o sin querer: el de devenir flujo complementario al poder. Además, dedicándose a labores de intendencia en aquellos territorios de lo social vetados o de difícil accesibilidad a los segmentos sedentarios de la ciencia social. Habría que estar pues precavido cuando cualquier parte contratante, la que sea, ofrece o está receptiva a interesantes trabajos de investigación en los márgenes, y no dejarse acorralar por «el síndrome madero» que atenaza a la investigación como captura y control de las fugas, o de los silencios o invisibilidades.

**PREGUNTA.** En realidad, la pregunta que lanzaba sobre la inserción y los usos de esta investigación pretendían indagar en el tránsito desde una experiencia de autoencuesta o como la queramos llamar, colectiva y desde la base —esa que hacías con muchos otros en la banca en los setenta— hacia una investigación que haces sólo, con la colaboración de una red amplia en la que estás inscrito, pero donde el uso del conocimiento que produces no es el mismo. En ese desierto que se abre con la derrota, ¿qué función tiene ese tipo de investigaciones que estás haciendo? Tú me dices que lo haces para la tesina, pero, al fin y al cabo, hay algo que, viniendo de donde vienes, te ha movido a estudiar y luego a continuar por un camino universitario de investigación y a optar por determinado tipo de investigaciones ¿qué función tienen esas investigaciones, o sólo las haces para ganarte la vida?

**RESPUESTA.** Señalaría que las dos investigaciones que he mencionado se realizan en equipo, pero responden a un encargo, por lo que predomina la relación parte contratante / parte contratada con dinero por medio: es una compraventa, sin duda. La tesina es uno de los ritos imprescindibles de la carrera universitaria. La función, o mejor el imperativo, es



laboral; otra cosa serían las intenciones que se persiguen más allá del contrato, los usos que se puedan dar a esos trabajos. Desde luego, al elegir esas problemáticas y al abordar desde una perspectiva crítica las estrategias y prácticas del capital para requisar los espacios urbanos y dominar a las gentes que lo habitan, hay esa intención de que esas contribuciones puedan ser útiles tanto para los afectados directos como para quienes de modo más general están inmersos en los terrenos de las resistencias. Pero la consecución de ese propósito rebasa o no depende del autor o de los autores, se puede probar la «devolución de la encuesta», promover la difusión y hasta la discusión del trabajo, pero no más que eso. Son, pues, trabajos que pueden valer para la acción, pero eso ya concierne a los actores sociales concretos e implicados (entre los que el «investigador» puede estar o no, como uno más).

El «camino universitario», pues, como todo camino, tiene sus piedras, tropiezos y obstáculos. De entrada, no es más que un lugar de trabajo, donde se impone la docencia, la reproducción en tono divulgativo, y mucho menos la investigación, donde residiría la producción de saber. No obstante, no deja de ser un trabajo con sus especificidades: te permite o te obliga a leer, a estar al corriente de investigaciones, y, especialmente, te mantiene en contacto con estudiantes que se muestran con su estar a modo de sismógrafo, parcial, del latido social, y entre ellos, y ese es un aspecto reconfortante, en cada curso terminan cuajando mínimas y provisionales complicidades que recuerdan que la universidad es, a pesar de todo, un espacio público, aunque acosado por la mercantilización del saber. La investigación universitaria, condicionada por políticas científicas del rasero I+D+I, y corroída por la célebre endogamia, no contempla prácticamente ese tipo de investigaciones críticas que insinúas; no obstante, si hay ánimos, inquietudes y complicidades, siempre se puede probar, aunque sin fondos, a lanzar proyectos en esa perspectiva, eso sí, en paralelo o aprovechando cualquier resquicio.

De estas tentativas, alguna que otra se ha dado y otras van dando sus primeros pasos renqueantes. Que yo conozca de primera mano, hubo talleres de análisis, grupos de discusión, que duraron su tiempo, que lograron desplegarse en el «trabajo de campo», pero, sobre todo, dieron pie a bastantes reflexiones alrededor de los avances y colapsos de las incursiones, de las cuales algunas se pasaron al papel, que, aunque

quedaron como de uso interno o para gente próxima, puede ser que hasta hayan relucido en otras aproximaciones y textos paralelos o posteriores. Y fuera del «camino universitario», obviamente, otras tentativas y proyectos se propusieron y llegaron hasta los primeros escarceos «serios» de los preliminares. Tanto en lo para-universitario, que en algún caso acabó derivando en un traslado de espacio intencionado, como en los afueras deliberados de ese recinto, las incursiones escogidas, ya en los 90, se relacionan con problemáticas o resistencias derivadas o confrontadas a la maquinaria nefasta de la ciudad o metrópoli-empresa que es Barcelona (análisis generales o específicos de la reestructuración urbana, luchas de barrios más o menos conocidas, sin-papeles, ocupaciones,...). Quizás, su «invisibilidad» declarada, como consecuencia del propósito de rehuir de protagonismos expertos o de zafarse de las miradas y lecturas de mirones, ha repercutido en que esas experiencias sean bastante desconocidas puertas afuera, aunque ello no ha evitado, quizás, que se diera un cierto *feeling*, directo o indirecto, con las críticas prácticas dispersas en los territorios metropolitanos. No sé, es una apreciación en diferido.

**PREGUNTA.** En torno a los años ochenta, se producen dos procesos concomitantes: por un lado, la derrota y la crisis ontológica y existencial absoluta que ésta supuso para muchos de los que habíais participado activamente en los procesos de lucha —muchos empezáis entonces a interrogaros qué es lo que ha pasado, qué está pasando—, por otro lado, la empresa y las instituciones públicas empiezan a recuperar gran parte de las innovaciones sociales que se habían producido en las décadas anteriores, a reapropiarse de ellas cambiándolas de signo: entre otras cosas, convierten las experimentaciones entre los terrenos del hacer y el pensar de las décadas anteriores en nueva técnicas de gobernabilidad, de producción de consenso y de sondeo y creación de mercado, fundamentalmente a través del uso de una sociología cualitativa que da sus primeros pasos... ¿Cómo (re)pensar en ese contexto un pensamiento radical desde las prácticas, cómo reinventar una investigación en y para la acción transformadora? ¿Cómo hacer para que este pensar no pase —como tú mismo decías antes— de ser alternativo a tener una función complementaria (para el poder)?

**RESPUESTA.** Me desbordan, en serio, las cuestiones que planteas. ¿Re-inventar una investigación en y para la acción transformadora? Igual el prefijo «re» de reinventar es algo forzado, pues las claves básicas del «cómo» investigar ya están más que inventadas, sólo que habría que actualizarlas (quizás ahora los vídeos son más accesibles, las grabadoras mejores, la autoedición más fácil, etc.). El problema más bien radica, me parece, en los «dónde» y el «entre quiénes y para qué» de unas investigaciones en la acción y, además, transformadora. Se me ocurre aquello del huevo y la gallina: ¿le corresponde a la investigación, mediante formatos parecidos a la encuesta, instigar la acción?, ¿le corresponde a los actores con acciones manejarse con la investigación?

Las alusiones a lo alternativo y/o complementario estaban ceñidas al campo de las ciencias sociales, en el sentido que planteara J. Ibáñez para distinguir que en ellas hay un núcleo duro que conforma el esquema dominante, y partículas, que se agregan o no, de flujos alternativos que se exponen como críticos al esquema dominante, que se dedica a dictar y aplicar una ciencia comprometida con el poder. Entonces, y refiriéndonos a los terrenos acotados de las comunidades científicas, el reto consistiría en no dejar de interrogarse si dentro de unas prácticas definidas y delimitadas por el capitalismo científico cabe lo alternativo, e incluso, si fuera así, habría que aclarar qué papel desempeña o se le reserva. A continuación, también sería pertinente preguntarse si se puede ser alternativo sin poner en crisis el rol experto, tan supeditado como está a múltiples créditos —de reconocimiento entre los colegas y las partes contratantes, de credibilidad, y de retribuciones en dinero o en especie.

Esas cuestiones conciernen, desde luego, a los propios expertos «alternativos», pero también es un tema con tales repercusiones sociales que deberían incumbir a más gente, o cuando menos a las redes críticas. Alguien recuerda que el dilema del pensamiento mediático (como conformador de realidades sociales) no reside únicamente en los medios que lo difunden, sino también en quienes como destinatarios lo hacen propio, lo interiorizan; otro tanto me parece que sucede con el pensamiento del experto, hay gentes que lo hacen suyo, que lo reproducen incluso cuando pretenden combatirlo. A veces me ronda la impresión, y me parece preocupante, que en ciertos ámbitos de la contestación social se

tenga respecto al saber «académico» un mayor talante acríptico que el que manifiestan algunos «académicos», más críticos, por experiencia, con su función social y maneras de proceder.

**PREGUNTA.** Mi impresión es que, en los intentos de ir de la práctica a la teoría y de la teoría a la práctica atravesando acción política, enunciación e investigación, hay dos planos que a veces se presentan como coincidentes, otras se articulan y otras aparecen por separado: uno es el de la investigación sobre las formas de dominio y explotación y otro es el de la investigación del propio grupo, de la propia situación y de la situación en el contexto (lo que llamamos propiamente autoanálisis)...

**RESPUESTA.** Quizás habría que afanarse en que esos dos niveles no discurran por carriles separados, que no sean dos momentos o dos parcelas, con sus respectivos cultivadores, sino que aparecieran como tramos indisociables de un mismo proceso donde concurren los mismos protagonistas, sin bifurcaciones o divisiones técnicas amparadas en los imperativos del guión prescrito.

Deliberado o no, en cuanto se plantean esos dos planos, da la impresión que se proceda a una especie de reescritura, y entramos en consideraciones políticas, de aquel cuento que decía que el trabajador no puede ir más allá de la mera lucha en la parcela inmediata y economicista de «lo sindical», porque su prisma está absorbido por sus necesidades de subsistencia (para el caso el autoanálisis de la propia situación contextualizada), mientras que otros dotados de otros atributos, y mucho más doctos, sí que pueden superar esas limitaciones (para el caso encarar la investigación sobre las formas de dominio y explotación). Habría que evitar esas reediciones que actualizan la persistencia de vanguardias y masas, aunque las nombren de otra manera o recurran a elipsis extrañas.

En relación con el autoanálisis, entre comillas, habría que distinguir el uso común que se pueda dar a esa categoría y el sentido que se le da en los ámbitos de los sistemas expertos. Pero, puestos en el terreno que nos interesa, podríamos decir que un análisis, cuando surge de un colectivo en lucha, o se promueve desde los múltiples y comunes espacios de las resistencias, incorpora, explícita o implícitamente, el «auto»

que lo define, es un distintivo que indica la existencia de un punto de partida basado en un nosotros implicado sin mediaciones. Ese punto de arranque no implica la decisión de encerrarse en el universo restringido del nosotros promotor, pues, de hecho, el autoanálisis se dispone también, necesariamente, a un análisis de las formas de dominio y explotación, pero a partir de ese lugar determinado del nosotros que no cede o traspasa a otros el cometido de analizar a fondo las situaciones que se viven y que se quieren cambiar.

Si podemos o queremos pensar que eso que se llama el movimiento real tiene o debe tener una perspectiva de autoemancipación, en el campo del conocimiento, y ateniéndonos a ese «auto» por delante, también habría que autoemanciparse. Esa apuesta no es un desafío que se pueda declinar en singular, sino que debe ser colectivo, sólo se puede hacer socialmente. En el campo del conocimiento, habría que buscar modalidades autoemancipativas, como aquella autoinstrucción, autoformación, que se constituyó en uno de los rasgos distintivos del otrora movimiento obrero antes de que se generalizara la instrucción, la enseñanza primaria, antes de que el Estado se hiciera cargo de la educación. Entonces, relucía la figura del autodidacta que, más allá de las idolatrías, no era más que una persona con inquietudes, abocada a la lectura, a la reflexión, y con ánimo de compartir ambas. En cualquier caso, en esta cuestión de la autoemancipación, uno de los retos que tenemos es el de la reapropiación del saber en su ciclo completo, evitando especializaciones o delegaciones. El subtítulo de la revista *Teoría y práctica* era *La lucha de clases contada por sus protagonistas*, y la autoemancipación trata precisamente de eso, de construirnos nosotros mismos las herramientas para saber qué pasa en el mundo y qué *nos* pasa en el mundo.

**PREGUNTA.** Una cuestión que cambia sensiblemente, o se vuelve más central, cuando, en las sociedades de capitalismo avanzado, todos somos, por lo menos tendencialmente, expertos...

**RESPUESTA.** Cuando hablo de sistemas expertos me refiero en concreto a ese tipo de gente que hace del conocimiento el empleo de su vida, y que presta, desde diversos ángulos, labores de intendencia al poder. Los sistemas expertos

anidan en un sinfín de aparatos, uno puede ser la universidad, pero también hay circuitos no universitarios, porque hoy las universidades, y sobre todo las públicas y más en ciencias sociales, ocupan un espacio residual en la producción del saber (tormentas de ideas e informes) que requiere este mundo capitalizado. Por contra, hablar de autoemancipación nos emplaza en esa capacidad o potencia de ser «todos expertos»: descubrir que no se precisa que algunos pocos se instituyan o se reserven, o se les conceda, el rol reservado de experto, que colocándose en un plano superior somete a los otros saberes, y que, arropándose en la jerarquía al uso, acabará descalificándolos como inferiores. Por eso, más que todos somos expertos convendría subrayar que todos somos sujetos de conocimiento pleno y tenemos además unas potencialidades que debemos desarrollar, que nunca debemos dejar en manos de los otros. De lo que se trata, viendo que alrededor del saber y sus verdades se dirime también una decisiva batalla social, es de romper esa baraja marcada en la que, pongamos, el ecólogo es el experto en ecología, el ecologista es el que milita, el ingeniero agrónomo es el que sabe del campo y el campesino es el que trabaja en el campo. De romper ese juego de expropiaciones de saberes, que diría Bourdieu. El ejemplo del ecólogo vale para todos los lugares: por ejemplo, el sociólogo frente a lo social. De hecho, algún autor legó aquel juego de palabras que indicaba que sociología acaba en logía, por lo tanto, es una logia, una secta que, con sus procesos de institucionalización, pretende acabar o impedir el socialismo. Las disciplinas científicas se caracterizan precisamente por su disposición a disciplinar, a conformar discípulos; mientras que los canales de la (auto)emancipación descartan o rechazan abiertamente esos propósitos.

**PREGUNTA.** Cuando hablaba de que todos somos expertos me refería más bien a que el actual circuito integrado de producción hace que, por lo menos en los países de capitalismo avanzado, sea imposible pensar en un saber que esté absolutamente afuera: todos hemos tenido que pasar por dispositivos de modelado y segmentación de los procesos de conocimiento...

**RESPUESTA.** Desde luego que es difícil imaginar un saber que esté absolutamente o tan siquiera un poco fuera del juego social y de sus regímenes de verdad en constante

brega y con sus circularidades, da la impresión que el mito de Robinson ya se desvaneció. No obstante, será a través del modelado y segmentación de los procesos de conocimiento, que señalas, que se produzca precisamente la institucionalización del sistema de expertos como franja separada y distinguida del resto de gentes con conocimientos ordinarios: al experto se le otorga y se le reconoce un saber extraordinario, su aval es un arma cada vez más recurrente que se usa para dar credibilidad y legitimidad a cualquier cosa, y basta con constatar su creciente presencia en lo mediático precisamente en su condición de experto. Y no deja de ser sorprendente que también los denominados movimientos sociales se vuelquen en la búsqueda de ese certificado de veracidad que atesoran en exclusiva los expertos, vía asesoramiento o solicitud de contrainformes, o concediéndoles sin más el papel de portavoz.

No es pues del todo cierto que todos seamos expertos. De hecho, la entrada y permanencia en el sistema de expertos no depende, como explicaría Latour, tanto de competencias o habilidades demostradas sino del grado de disponibilidad a seguir sin rechistar el pliego de condiciones de las partes contratantes que determinan los códigos que imperan en el capitalismo científico. Frente a ello, pongamos que puede valer el «todos somos sujetos de conocimiento» (aunque no expertos), pero, en esa línea, y como señalara el antipsiquiatra Cooper en su *Gramática de la vida*, una de las primeras tareas a las que dedicarse pasa por desaprender lo aprendido o, mejor, desasirse de lo que nos han enseñado o inculcado rompiendo en consecuencia con la idolatría del experto y las claudicaciones a su rol.

**PREGUNTA.** Imagino que es esta perspectiva, que coloca en el centro de ese cruce entre investigación y prácticas por la autoemancipación la relación entre expertos y sujetos de conocimiento, la que te hace poner comillas cada vez que hablas de investigación militante...

**RESPUESTA.** Con ese entrecomillado no se trata tanto de plantear una crítica a esa denominación, como de mostrar unas intenciones, unas sensaciones. Recuperando esa trayectoria con la que hemos empezado esta entrevista, que además

de tener que ver con la investigación, con el conocimiento, también es en parte una trayectoria vital, yo diría que en aquellos momentos había sectores que hacíamos una crítica a la palabra militante, al militantismo, entendiendo por militantismo esa especie de dedicación profesional a la lucha... De ahí, entonces, la incomodidad al uso de esa palabra, aunque, depende cómo se aplique, es preferible al *boom* del activista. Un ejemplo: cuando se decía aquello de que la clase obrera va o iba al paraíso, tiempo atrás, hubo «militantes» que, para salvar a la clase obrera, decidieron congeniar con ella, lo que les llevó a contactar con ese mundo desconocido y épico, o hasta «proletarizarse» a tiempo parcial o completo, y todo ello sin ninguna necesidad material de ponerse en unos trabajos que ya bastantes obreros rechazaban (si el trabajo es salud, viva la tuberculosis). Detrás de cierta investigación militante se esconde a veces esa pretensión de desembarcar en un lugar con ánimos de iluminar a las gentes sobre cuáles son sus penurias y cómo ha de resolverlas. Y a eso, como mínimo, le pongo comillas.

**PREGUNTA.** En lugar de investigación militante, prefieres hablar de investigación en/para la acción...

**RESPUESTA.** Bueno, no sé si hablo de eso... digamos que uno elige un término u otro en función de las necesidades, los contextos y los énfasis... hablar de investigación en/para la acción tiene sentido si partimos de una asociación de la investigación a los sistemas expertos y de una división de ésta en dos grandes franjas: por un lado, estaría la investigación hegemónica, la que tiene crédito, que es la I+D+I, investigación para el desarrollo y la innovación, que pretende potenciar el crecimiento y su viabilidad, pero sin descuidarse del necesario colchón de cohesión social que, a modo de pacificación social, ha de valer para la erradicación del antagonismo, y eso tanto desde los sectores más ligados a la producción como desde los sectores más dedicados a la gobernabilidad social, los primeros más volcados en los dispositivos técnicos y los segundos en los discursos teóricos. Precisamente a la sombra de esas políticas del I+D, o como compensación de sus daños colaterales, habría surgido, en el terreno de lo social, la IAP, investigación-acción para la participación. Puede que dentro del conglomerado de los profesionales de



la IAP no impere la homogeneidad, que se elaboren trabajos aquí o en otras áreas geográficas con intenciones de generar cambios desde abajo y otros deliberadamente orientados a generar consenso. No obstante, la «P» de participación es una de las herramientas claves que permite extender y consolidar el consenso social, reconducir conflictividades, varar antagonismos..., y que por tanto se ha expandido como uno de los mecanismos primordiales de gobierno en las metrópolis avanzadas. Entonces, como contrapunto a la I+D+I y frente a los usos que se le están dando a la IAP, con el liderazgo del Estado y de los organismos paraestatales, parece pertinente borrarle a la IAP la «P» de participación y dejarla en IA, Investigación en/para la acción. Sobre todo recordando aquella distinción que establecía uno de los dinamizadores de la IAP en el Estado español entre lo que sería una participación *por invitación* y una participación *por irrupción*. Por invitación es cuando el poder te llama, te consulta, te hace de hecho sentirte vivo, ciudadano y demás, necesita que le hables, necesita que le escuches también, que te hagas corresponsable del orden urbano y estés presto a las movilizaciones crecientes que te reclaman. Y como realmente la IAP se ha quedado en la «P» por invitación, como señuelo, como engaño, para poder utilizarla habría primero que recuperar la «P» por irrupción, como reflejo de un protagonismo social directo y sin mediadores de ningún tipo. A partir de estas consideraciones, podemos decir que la investigación que nos interesa debe servir, no para dar caza a la gente, sino para inscribirse en las «huidas» a esa caza que se palpan y viven en los procesos de lucha que se conjugan con prácticas de libertad. En esta perspectiva, sería tramposo pretender cambiar estruendosas escopetas por silenciosos cepos, donde los camuflajes que los recubren no son más que la mejor garantía de poder seguir atrapando presas...

**PREGUNTA.** ¿Y qué relación, qué permeabilidad, qué resonancias, tendría esa I+A con esa otra práctica más difusa y menos académica —que es a lo que yo llamaría más propiamente «investigación militante», que no «militantista»— de interrogación de sí y del mundo en el que estamos inscritos, de búsqueda de conceptos que nos permitan aprehender lo real y al mismo tiempo incidir en su transformación o, incluso diría, que nos permitan forzarlo, crearlo...?

**RESPUESTA.** A partir de ciertas lecturas más o menos optimistas de lo social, se alude a la idea de estar frente al despegue de un nuevo ciclo de luchas, que da lugar, por ejemplo, a la difusión de determinadas terminologías, como la de «movimiento de movimientos», entre otras. Sin embargo, quizá, y en la trastienda, uno de los desafíos más significativos que se nos plantea en las actualidades que vivimos reside en recomponer de nuevo el sentido colectivo, el sentido de reconocerse con otros como pilar de un nosotros a rehacerse, y que permita romper el narcisismo de nuestra época, que, aposentado en una atomización atroz, expande una guerra de todos contra todos a modo de guerra civil larvada. O sea, antes que nada, reconstituir el lazo, el vínculo social —un vínculo social desde luego no domeñado, no fabricado desde arriba, sino apalancado en situaciones y prácticas reales y compartidas, en las que las luchas, si adquieren una dimensión notable, no sólo son exponente sino también catalizadoras de socialidad... cara a «cambiar el mundo, sin tomar el poder». En esa perspectiva, la recomposición social es un desafío que hay que ponerse sin dejar por ello de reconocer que la pulverización social indica bien claro que, en el fondo, y al menos en estas partes del mundo, sobrevivimos de forma dispersa, recludos en nuestros muchos yoes, y luchas haylas, movimientos quizás, pero lo de «movimiento de movimientos» seguramente es un exceso derivado de la creencia de que «la teoría» puede forzar la realidad. En fin, quizás ese reconocer la crisis de lo colectivo, de lo común, puede ser un punto de arrancada, a ras de suelo, que nos ayuda a no incurrir en disputas por el estandarte que se ha de colgar en el tejado de esa casa común todavía por construir.

En este marco, me da la impresión que el nosotros necesario de la investigación-acción no puede quedar en abstracto, ni tampoco conformarse a través de connotaciones propias de servicios al pueblo o a la multitud. Puede que hasta no hace mucho el uso del nosotros mayestático fuera más fácil (en apariencia, no había que ir a buscarlo, se encontraba, estaba, se expresaba), en cambio ahora, su hallazgo, si se prescinde de falsos atajos, está plagado de obstáculos que dificultan el camino. A veces, ante tal panorama, y para orientarse especialmente en los espacios-tiempos normales no sacudidos por la excepcionalidad de algún acontecimiento pasajero, se puede recurrir a la metáfora de la cebolla y

sus capas: de entrada, estaría un yo (el mío, el tuyo, el de cualquiera) sobrecargado de yoes, porque el individuo ya es, diría Deleuze, dividido, está dividido y campa sin coherencia de aquí allá; y después unos cuantos nosotros. El primero, el de los próximos que a partir de afinidades en la cotidianidad o donde sea se reconocen y encuentran; esos nosotros, que son muchos, son diminutos, minúsculos. A continuación, en un segundo orden, habría otro nosotros hecho de contactos, esporádicos o no, formalizados o no, entre algunas de esas islas de nosotros minúsculos; a ese archipiélago, para lo que nos concierne, podríamos denominarlo como área indefinida del antagonismo difuso. La tercera capa, se correspondería al Nosotros mayúsculo, como conjunto de quienes padecen dominación y explotación, aunque en distintos grados y circunstancias. Resta, si se quiere estirar más capas, la cuarta de ese cemento que llaman la sociedad. La investigación-acción parte, cuando es colectiva, y por lo general, más bien de la primera capa de los muchos nosotros minúsculos, y en ocasiones del archipiélago donde éstos concurren; unos y otros buscan, pero tampoco siempre, la co-investigación con el Nosotros mayúsculo.

La investigación-acción consistiría, entonces, y en los contextos actuales, en una travesía que arranca desde ese estamos solos o aislados de los nosotros pequeños, y que busca conocer lo que no conocemos del Nosotros mayúsculo, además de profundizar e incordiar en los nosotros nuestros en los que nos movemos. Sin embargo, en esta perspectiva habría, creo, que mostrarse reacio a cualquier pretensión de forzar o precipitar los ritmos, como a veces se intuye que pasa en según qué encuestas o investigaciones militantes, en especial cuando se intenta recrear, con pinzas teóricas, ese Nosotros que no tenemos y que queremos. Quizás, y a tenor de estas impresiones, se podría ya empezar a distinguir, más o menos nítidamente, entre la *investigación en acción*, de la que serían portadores y autores los propios protagonistas inmersos en un proceso real de confrontación social, y la *investigación para la acción*, donde quienes sean pretenden generar un proceso de agregación y agitación social.

Ante el panorama que tenemos, es preferible, no obstante, mostrarse prudente, no renunciar a la investigación militante, pero haciéndola impulsado por la inquietud de saber qué pasa, qué me pasa, de sondear a fondo, radicalmente,

qué nos pasa (entendiendo, en mi caso, ese nos pasa en relación a todas las capas, permeables, de los nosotros aludidos). En ese propósito, quizás valdría la pena atenerse a las secuencias propias de la aproximación, asumiendo que lo primero es lo primero: salir al terreno (abrirse o mejor no salirse de lo social en sus situaciones y prácticas reales) y sin ninguna pretensión de iluminar a nadie (al revés, las ganas de conocer o aprender corresponden a la parte «investigadora»), encontrarse y hablar con la gente y ver qué sucede a partir de esos encuentros, pero sin forzar los pasos que vienen a continuación. Que del proceso resulten complicidades, más o menos sólidas y no de conveniencia, que hasta éstas puedan ser catalizadores para la acción colectiva, eso, por más que se desee, está por ver; de lo contrario, sería pedir o creer mucho en las dotes de la investigación, e infravalorar demasiado la autonomía de los «investigados».

En esta óptica, luego, se trataría de reconocer que, de entrada, la investigación no la hacemos para los otros, sino que, realmente, la hacemos para nosotros, no para el nosotros al que aspiramos, sino para el nosotros que somos, en el que estamos y que queremos desbaratar. No obstante, y como nos recuerdan Grignon y Passeron en *Lo culto y lo popular* (traducido al castellano por La Piqueta), en ese viaje que se abre a partir de la investigación, hay que esquivar varias derivas: en primer lugar, por supuesto, la deriva legitimista, dirigida sin tapujos a reforzar el *status quo*; pero, también, las derivas populistas y las miserabilistas, que ensalzan todo lo que salga de abajo, que recrean el mito del buen salvaje y que después de «entender» a las víctimas, a los pobres de esta sociedad capitalizada, se prestan, desde su luminosidad, a redimirlas indicándoles el camino.

**PREGUNTA.** Precisamente, la siguiente pregunta que quería hacerte se refería al sujeto/objeto de la investigación. Quiero citarte, al hilo de esta cuestión, un fragmento de un mensaje tuyo de hace cosa de un año y que se parece mucho a lo que me acabas de decir. Decías en tu mensaje: «he incorporado una previa que consiste en “desplazar” el sujeto/objeto de la (co)investigación para incordiar antes al sujeto que investiga. O mejor: para zarandear la relacionalidad de la parte contratante y de la parte contratada, que diría la vulgata marxiana. (Ante)poniendo dicha relacionalidad, asoma

casi siempre una distancia/ exterioridad que recuerda que investigar es casi siempre ir a la caza de una presa (aunque sea para redimirla vía inyección de una claridad de la que carecía antes del contacto con esa otredad iluminada del cazador-coinvestigador). No sé si eso es una vieja forma de la política que renace constantemente. Quizás “caminar preguntando” exige desprenderse del sujeto-sujetador, del cazador coinvestigador, procurando no recaer en la parálisis del mirón».

A este mismo respecto, el colectivo argentino Situaciones, frente al problema de la exterioridad del investigador, que se agudiza cuando el lazo social es débil o casi inexistente, pero también frente a una interioridad ideológica, que al final es representación/ usurpación de la palabra de otros, habla de inmanencia y composición. Tú hablas de un caminar hecho de encuentros y de cruces en el que los roles del investigador y del investigado tienden a confundirse, a diluirse, y en el que hay que deshacerse de una serie de metodologías, como pueden ser la pregunta escudriñadora de la encuesta y la escucha del grupo de discusión, e inventar otras nuevas.

**RESPUESTA.** Añadiría al respecto algunas cosas que ya han sido abordadas y otras que sólo han quedado insinuadas. En la disolución de la dicotomía sujeto/objeto, creo que hay que darse cuenta que el sujeto, singular o plural, que inicia la investigación no deja de dirigirse a un objeto de estudio, aunque sepa que está poblado de sujetos sociales con sus propias hablas. Ese irrumpir donde no te han llamado no debe ser ignorado ni eludido. Por ello mismo, quien realiza la incursión no va tanto por esos otros que busca y con los que quiere contactar para, además, conseguir una co-investigación, sino, e insisto, acude por y para sí mismo, impulsado por una necesidad de preguntarse dónde está, cómo está, propiciada además por una especie de «moral de la incomodidad». Esto a veces se obvia, y se prefiere abogar por una especie de desprendimiento que recurre a entrar en el pellejo de otros, y hasta en un ponerse en él que no es real. Es como una especie de jugada, que más que a una posición se parece a una pose. Lo importante sería, entonces, no olvidar la posición de cada uno, no prescindir de ella, y no solapar los motivos de la incursión que se emprende. Ése es el único punto de partida honrado, riguroso y honesto.

Y, para la travesía, unos mínimos bártulos imprescindibles serían: no pretender suplantar al otro, estar dispuesto a mostrar continuamente las cartas, entablar conversaciones donde las posteriores transcripciones no verifiquen el dicho de que todo traductor es un traidor, estar a expensas de un proceso abierto y no prefijado, más que enseñar se trata de aprender buscando la reciprocidad, el intercambio...

A partir de estas reflexiones, me atrevería a sugerir dos cuestiones: uno de los objetivos mayores de la investigación sería compartir y dinamizar ese «todos somos sujetos de conocimiento». La otra misiva sería «no me llames iluso porque tenga una ilusión». Es decir, respecto a la producción de conceptos, a la innovación de lenguajes, a la configuración de teorías fuertes o débiles, que se podría dar a través de esas investigaciones, pero también fuera de ellas, se podría decir que late un acto de creación colectiva. El saber no sale de la nada, o del frotar una lamparita mágica, sale de muchas conversaciones, a partir de poner en común experiencias, se va amasando y puliendo entre muchos, respondiendo propiamente a las pautas sociales de la circularidad de la cultura —que dirían Castoriadis o Ginzburg, por ejemplo. Así, aunque finalmente «la teoría» sea formulada o atribuible a una persona, y detentada, o profesada o impartida por unos pocos, digamos que es fruto de un acto de creación compartido que debería ser reconocido. De todas maneras, y para aliviar las «ingenuidades» de estas consideraciones, me remitiría a la figura del heliótropo que ya hace unos años usó J. Rancière. Para él, el heliótropo, sería como un girasol, un individuo o colectivo que, estando dentro de lo colectivo, del campo social, al mismo tiempo, a veces o a ratos, se pone un pelín fuera; hartado de la noche y la oscuridad de la condición proletaria quiere mirar al sol, o a la luna —sin olvidarse del dedo— ya que no se conforma con ciertos sentidos comunes de las hablas ordinarias, abocado a la resignación de «las cosas son como son», y da ese paso pero sin separarse, sin despegarse del terreno, sin elitizarse. Entonces, sintetizando, a la vez que soy partidario del carácter colectivo de la creación, reivindico la importancia de la figura del heliótropo. Pero el heliótropo sólo puede serlo estando dentro de aquel bullicio, de aquella olla a presión que es la sociedad, que diría Paul Veyne.

**PREGUNTA.** Compartiendo esa idea en la que tú insistes tanto de que la investigación es «de entrada» para ese nosotros pequeño de los más cercanos, te plantearía al respecto algún matiz o contrapunto, que tiene que ver con las condiciones del «nosotros» en la posmodernidad atomizada. Y es que, me parece, que debemos insistir en la necesidad de no caer en el onanismo, ser capaces de deconstruir las formas dominantes de percepción (especialmente del yo), de situar en todo momento el «nosotros» del grupo promotor en un contexto más amplio. En definitiva, como dice una compañera italiana, Francesca Pozzi, se trataría de «partir de sí» (como reivindicaban las feministas) pero para «no quedarse en sí». Sobre todo, para no bloquear la dimensión heurística de la investigación (que no ideológica), esa dimensión capaz de producir performativamente un común en expansión, un nosotros actual y a la vez prospectivo, con una base material pero que se abre y proyecta hacia el futuro...

**RESPUESTA.** Cuando me pongo ese aviso, esa previa de «la investigación es de entrada para nosotros», lo que pretendo bloquear es la posibilidad de que se diseñe una investigación a modo de viaje que sabemos dónde empieza y dónde termina, o dónde debe terminar. Como explicaba Jean Genet, en una de sus novelas, eso no es viaje ni es nada. La investigación debe ser un viaje, un itinerario compartido, por eso se sabe de dónde sale pero no adónde llegará. Con esto, no reivindico ni mucho menos que la investigación tenga que ser autista, de autoconsumo, pura curiosidad. Ahora bien, sin compartir las, dijéramos, «investigaciones de ombligo» o autorreferenciales, tampoco soy partidario de forzar lo contrario. Parece que el activismo social ha adquirido mayor presencia y resonancia, y que ello ha sugerido que son momentos de relanzar la investigación activista. El riesgo, sin embargo, radica en que, en la voluntad de apretar el acelerador, para lograr equis resultados, escudada en las urgencias, también presentes en los balances, se consigan o se aprecien repentinos y veloces pasos palante, que desde otra perspectiva aparecerían como pasos en falso o virtuales. Puede, no lo niego, que mi balanza particular se decante más del lado del pesimismo de la razón que del optimismo de la voluntad, aunque para dirimir esa contienda interna igual también sirve el instrumento de la investigación.

De todos modos, cuando alguien hace algo, se carga de unas necesidades e intencionalidades, obviamente. Entonces, para mí, en toda tentativa de investigación, hay una búsqueda, y entre lo que busco, además de conocer mejor la realidad, a base de análisis concretos de situaciones reales, está el ser capaces de dotarnos de una caja de herramientas, de quita y pon, para ese proceso de autoemancipación colectiva. ¿Por el camino yo me entretengo? Sin duda, y tanto como es posible, pues ya se dice que la gracia de los viajes no está ni en el antes ni en el después, ni en el inicio ni al final, sino en el durante. Pero todo ello, insisto, sin precipitarse, ya que las prisas, como se dice a menudo, son malas consejeras, y más cuando se presiente que siempre hay algunos que van muy rápido y otros que van muy lento...

El «nosotros» de los investigadores, militantes o activistas, acostumbra, por otro lado, a no recluirse en contextos de análisis achicados, localistas (en el sentido de cerrados); más bien al contrario. El problema, por lo tanto, no estriba ahí en la proyección del análisis o encuesta, sino en el logro, con los materiales que sean, de una caja de resonancia que realmente suene. No es pues, me parece, una cuestión de desiderata.

**PREGUNTA.** Un pregunta que es corta y larga a la vez. En un momento en que el lazo social está pulverizado, en el que lo social está multihojaldrado e hipersegmentado, la agregación no es algo espontáneo: las posibilidades de que un mismo grupo de gente coincida en un mismo tiempo y espacio no están ni mucho menos dadas, son más bien todo un desafío. En estas condiciones, ¿cómo dotar de consistencia y cómo resolver los problemas de sedimentación a los que se enfrenta cualquier iniciativa, no ya de investigación militante, sino de reflexión colectiva?

**RESPUESTA.** Con la consistencia y la sedimentación, si las entiendo, entramos en un terreno resbaladizo que va más allá de los contornos propios de la investigación. Pruebo. Suponiendo que se dieran muestras «reales» de un movimiento real (dónde, cuándo, de quiénes), hay quienes advierten que los momentos de lucha álgidos y masivos han adoptado el estilo yo-yo, en referencia a aquel trasto que sube y baja, o la modalidad guadiana, como el río que en según qué tramos se deja ver y que en otros transcurre por el subsuelo. Esa interpretación de los movimientos y las luchas



actuales quiere subrayar que una de las características fundamentales de los mismos reside en que a veces se muestran y a veces se repliegan, se esconden. A veces suben y a veces bajan, en potencia y desafío. Quizás, a veces, apresados por ese interés de que todo sea visible, presenciado, sólido, etc., etc., incurrimos en el error de no ver que tras la explosión del conflicto, tras su visibilización, siempre hay momentos de implosión, no de destrucción sino de repliegue, de informalidad. Entonces, si queremos hilar esta imagen del movimiento yo-yo a la pregunta por la consistencia, puede ser que una de las máximas que debería regir en la investigación sería la de no fijarnos tanto o únicamente en los grandes momentos, sino también dar nosotros consistencia a esos otros momentos menores, esas refriegas cotidianas sobre lo que es aparentemente insignificante, que son las que, de hecho, nutren la visibilización posterior. A partir de aquí, yo diría que habría que poner entre comillas, o incluso abandonar de una vez por todas, el recurso abusivo e impreciso a la espontaneidad, de las masas o de la multitud, para explicar lo que se escapa a nuestra inteligibilidad o intencionalidad. La espontaneidad nunca es del todo real, en la medida que toda acción colectiva se incuba, surge o se apoya en un sinfín de tramas informales que recorren las contiendas de lo social, que pueden pasar desapercibidas, pero que están, en estado sólido o líquido (por aquello de que todo lo sólido se desvanece en el aire). No sé, seguro que me he salido por la tangente.

**PREGUNTA.** Coincido contigo en la imagen de la investigación militante como un viaje que no hay que clausurar con «a priori». No obstante —y ésta sería mi última pregunta— creo que cualquier investigación militante implica —implícita o explícitamente— una decisión (¿militante?, también vital), un «por aquí» que da determinada direccionalidad al viaje, un lugar hacia dónde caminar y preguntar. ¿Cómo se constituye ese «por aquí»?

**RESPUESTA.** El «por aquí» ese además de constituirse, por decidirse, como resultado de una elección premeditada, está expuesto a circunstancias, a contextos, a espesores espacio-temporales. Tiene bastante de incertidumbre, de azaroso, y está delimitado inclusive por posibilidades. ¿El investigador cazado, apresado?

En ese abanico, lo deseable es que fueran factibles investigaciones en la acción –al estilo del autoanálisis no autoreferencial mencionado. Ojalá, pero esa posibilidad depende de una practicabilidad que es más que deseo y voluntad, y que tiene un marcapasos que no se debe menospreciar.

Al acecho de esas investigaciones en la acción, resta proponerse algún tipo de investigación para la acción. En este apartado de la «investigación militante», sin embargo, no se debería maniobrar únicamente alrededor del hacer encuesta metropolitana encarada como co-investigación (donde los acentos de unos, los investigadores, y de otros, los investigados, no acaban de con-fundirse), también se puede proceder mediante «análisis concretos de situaciones reales» no tan inclinados a la encuesta, al trabajo de campo.

Otra cuestión del «por aquí», diferente al procedimiento, estriba en la focalización de la atención, pues ya que no se puede (ni debe) estar en todas, se precisa una economía de la atención que dirima por dónde «caminar preguntando» y preguntándose. E igual una opción reside en plantearse incursiones o inmersiones, nunca excursiones, en lo que Anselmo Lorenzo denominaría el mar de fuego subterráneo de lo social, en el que los descontentos, malestares, socialidades, iniciativas, no se dejan ver, o no se entienden, desde el exterior. Por esa senda de la incursión, el «por aquí», y como diría Michelle Perrot, estaría al acecho de la coyuntura, aunque por ello se tuvieran que colocar en un segundo plano los apremios de la presencialización o visibilización a toda costa que sobredeterminan, creo, al hiperactivismo.

El «por aquí», en definitiva, lo marcan los procesos colectivos, pende del cruce o de los encuentros de los «nosotros» a los que hacía referencia. El «por aquí» sería el resultado de necesidades, aspiraciones puestas en común, a partir de las cuales se decide hacia dónde se cree que se puede o merece la pena ir; si bien, lo colectivo, en su presencia activa, aunque demasiado a menudo subterránea, marca las trazas a expensas del azar y de la posibilidad. El «por aquí» tiene que ver, entonces, con un intento de recorrer los itinerarios prácticos, visibles u ocultos, de lo que se denominaría el movimiento real, siempre expuestos al azar vivo de lo común.

*Barcelona-Madrid,  
entre septiembre del 2003 y junio del 2004.*